

Nº 62 julio-agosto 2022



INICIATIVA LAICISTA

ISSN: 2735-6604

Tolerancia y librepensamiento



DIÁLOGO Y NIVEL
DE UNA DISCUSIÓN
POSITIVA

SOBRE TOLERANCIA
Y LIBREPENSAMIENTO

LA FIGURA
DEL LIBREPENSADOR

“Las verdaderas guerras de religión son las guerras que las religiones desencadenan contra los ciudadanos corrientes de sus “esferas de influencia”. Son las guerras de los devotos contra los en gran parte indefensos: los fundamentalistas de Estados Unidos contra los partidarios del aborto, los ulemas iraníes contra la minoría judía de su país, los talibanes contra la población del Afganistán, los fundamentalistas hindúes de Bombay contra los musulmanes, cada vez más amedrentados, de la ciudad.

Los vencedores en esa guerra no deben ser los de mente cerrada que, como siempre, van al combate con Dios a su lado. Elegir la falta de fe es elegir la mente y no el dogma, confiar en nuestra humanidad en lugar de todas esas divinidades peligrosas”.

“La libertad intelectual, en la historia europea, ha significado sobre todo libertad de las restricciones de la Iglesia, no del Estado. Esa es la batalla que libró Voltaire, y es también la que los seis mil millones que somos podríamos librar, una revolución en la que cada uno de nosotros desempeñara su pequeña y seismillonésima parte: de una vez para siempre, podríamos negarnos a que los sacerdotes, y las ficciones en cuyo nombre pretenden hablar, fueran los policías de nuestras libertades y nuestra conducta. De una vez para siempre, podríamos devolver esas historias a los libros, devolver los libros a sus estantes, y contemplar un mundo no dogmatizado y sencillo.

Imagínate que no hay cielo, mi querido seismillonésimo y, una vez más, todo será posible”.

SALMAN RUSHDIE: “Imagínate que no hay cielo”.

Carta al ciudadano seis mil millones del mundo. Julio de 1997.

Artículo recogido en el libro: PÁSATE DE LA RAYA. Artículos 1992 – 2002.
Plaza & Janés, Barcelona, 2003.



- 4 EDITORIAL. EL MITO DE LA TOLERANCIA
Por Sylvie R. Moulin
- 6 IDEA DE UNA FILOSOFÍA DEL ATEÍSMO
Por Alejandro Ramírez Figueroa
- 12 LA RIESGOSA INCERTIDUMBRE DE UNA INICIACIÓN
Por Rubén Farías Chacón
- 16 LA PELIGROSA VICTORIA DEL DIOS ÚNICO
Por Rogelio Rodríguez Muñoz
- 18 DIÁLOGO Y NIVEL DE UNA DISCUSIÓN POSITIVA
Por Edgardo Hidalgo Callejas
- 21 SOBRE TOLERANCIA Y LIBREPENSAMIENTO
Por Enrique Contreras González
- 26 LA FIGURA DEL LIBREPENSADOR
Por Antonio Vargas Rojas
- 30 “LA TOLERANCIA ES VITAL PARA CONSTRUIR ESPACIOS DE CONVIVENCIA”
Entrevista al escritor Jorge Calvo
- 34 MARTÍN BUBER Y ZYGMUNT BAUMAN: UNA APUESTA POR EL DIÁLOGO PARA
GENERAR UTOPIA
Por Miguel Ángel Arredondo Jeldes
- 39 NADA MÁS CÓMODO QUE UN BUEN DOGMA
Por Ricardo López Pérez

SUMARIO



Editorial

El mito de la tolerancia



Sylvie R. Moulin*

Dondequiera que sea, explican a los padres que deben enseñar la tolerancia a sus hijos, aleccionarlos en la toma de conciencia acerca de las diferencias entre grupos humanos y en el respeto a otros individuos, sea cual sea su pertenencia étnica, su religión, sus inclinaciones sexuales o sus incapacidades intelectuales y físicas, instruirlos en proscribir los estereotipos y prejuicios de cualquier tipo, a construir puentes que unan y no muros que separen. Y si los padres no cumplen, por falta de tiempo o despreocupación, las escuelas se encargarán de transmitirles a las nuevas generaciones ese concepto fundamental, les mostrarán cómo escuchar sin interrumpir o

tratar de imponerse, a ser generosos, a respetar el espacio de los demás, a dialogar en vez de pelear, a trabajar en grupos y a descubrir otras culturas. Y si los niños se olvidan de la lección enseñada en el colegio, por lo menos unos se salvarán en el lugar de culto de los padres, donde les repetirán copiosamente que hay que amar al prójimo y que todos los hombres son hermanos.

Todas estas maravillas aparentemente impregnan bien a las pequeñas esponjas que constituyen sus cerebros. ¿Qué pasa entonces cuando crecen y llegan a la vida real, cuando son de repente capaces de matar por un concepto

*Profesora, traductora y escritora. Doctorado en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos y Master en Literatura Comparada, Universidad de Paris IV-Sorbonne. Docente por 12 años en Estados Unidos. Autora de varios libros de crónicas y cuentos.





divergente, cuando el culto se transforma en motivo de masacre? Voltaire ya lo expresaba en 1763 en su *Tratado sobre la tolerancia*: “El derecho de la intolerancia es absurdo y bárbaro: es el derecho de los tigres, y es mucho más horrible, porque los tigres sólo matan para comer, y nosotros nos hemos exterminado por unos párrafos” (Cap. VI).

Pasaron más de dos siglos, y uno presume que estamos en otra época, que la caza de brujas ya terminó, pero ¿qué ocurre cuando lanzan bombas en el metro de Londres o contra el maratón de Boston, cuando matan a dibujantes de Charlie Hebdo con automáticos Kalashnikov, cuando kamikazes se hacen reventar en el aeropuerto de Bruselas, cuando degüellan a un profesor en los suburbios de París por haber mostrado caricaturas de Mahoma, o cuando apuñalan a Salman Rushdie en Chautauqua, a punto de presentar una conferencia sobre los Estados Unidos como asilo para los escritores y artistas en exilio?

La tolerancia sigue marcando paso, si hasta nos vanagloriamos de siempre luchar por ella, y por mucho que la reivindicamos, a menudo permanece mítica sin lograr concretarse. En algunos sectores, ya se vino abajo, dejando cuerpos rasgados en ruinas humeantes y largas filas de familias desterradas. Concepto ultrajado, desconocido, deshonrado es, sin embargo, la única virtud que permite, a mediano-largo plazo, remplazar una cultura de conflicto por una cultura de paz.

Estamos todos conscientes que no fue buena idea quitar a la instrucción cívica el rol que solía tener en los programas escolares. Sin ser el remedio milagroso, por lo menos permitía a los jóvenes entender los retos morales de la pertenencia a un país garantizando la libertad individual y la igualdad entre los ciudadanos. Cuando estamos a punto de participar en un plebiscito no solo crucial por el futuro del país, sino de impacto indiscutible a nivel internacional, uno se pregunta, al escuchar comentarios en los noticieros matinales o en su entorno directo, que demasiadas personas todavía no tienen bien claro ese concepto de tolerancia.

Puede que esa esperanza de nueva constitución sea una gota en el océano - la vería más bien como un gran paso adelante-, pero por alguna parte hay que empezar. Los principios y las creencias divergen y seguirán divergiendo, los seres humanos continuarán en casos frecuentes a actuar guiados por sus emociones, sin medir las consecuencias. No podemos esperar que, de un día para otro, nuestra manera de percibir la realidad se transforme para que tomemos las decisiones correctas y que desaparezca la violencia indebida por ideas o creencias. Pero insisto, por alguna parte hay que empezar.

Entender las diferencias en vez de condenar, debatir en vez de descalificar, respetar el espacio en vez de invadir, tolerar en vez de destruir. La lucha por la tolerancia va mucho más allá de un conflicto local, no tiene nombre de líder o dirigente, no tiene color étnico, político, o religioso. Todavía es tiempo de reconocerlo y ponerse en marcha. 🔥



Idea de una filosofía del ateísmo



Por Alejandro Ramírez Figueroa*

Introducción

El teísmo, en sus muchas expresiones, esto es, la postulación de la existencia real de algún tipo de ente o entes más allá de toda experiencia y razón humanas posibles, con capacidades providenciales sobre nuestra vida, parece ser una realidad cultural indiscutible en la vida política e individual. Sin embargo, nada que la fuerza social del teísmo pueda tener en cuanto facticidad cultural, nada de su omnipresencia en los sucesos humanos, nada de eso permite implicar de allí la existencia real de entes transempíricos. No puede confundirse, entonces, la supuesta existencia real de dioses con las consecuencias sociales e individuales, buenas o malas, que la creencia en esa existencia pueda conllevar. Si alguna existencia poseen los dioses, pues, no es sino la de ser ciertas determinadas ideas, aspiraciones y

temores humanos, *demasiado humanos*, al decir de Nietzsche. En otros términos, el sentimiento de creencia en lo sobrenatural puede considerarse como un hecho humano; mas, de allí no se sigue de ninguna manera la existencia del objeto de esa creencia. Son dos planos categoriales muy distintos. La filosofía del ateísmo solo tiene que ver con el segundo de ellos.

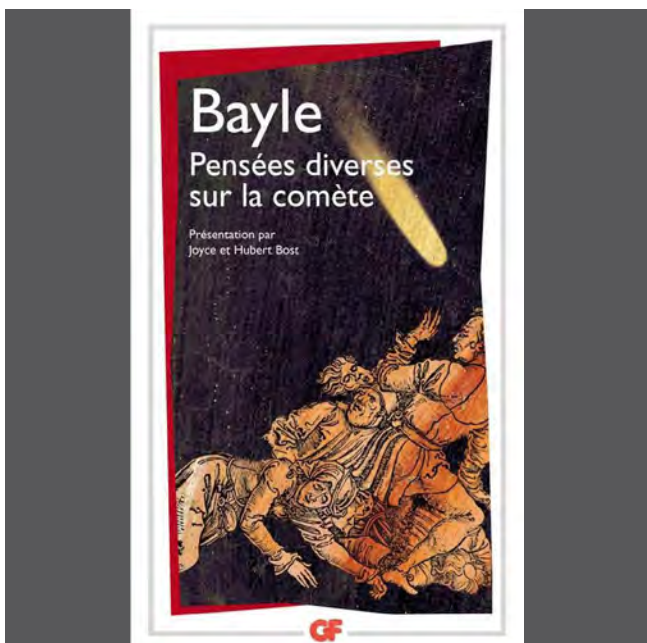
El ateísmo es también un hecho cultural, pero que no consiste en una mera negatividad, en una “falta de teísmo”, en un hueco de creencia, como normalmente puede ser considerado y como la etimología del término lo indicaría. Para las posturas teístas el ateísmo significa incluso una “falta de humanidad”, “estar fuera de la naturaleza humana”, como diría Maritain, incluso como una falta de calidad moral de los actos humanos, o como una falta de búsqueda de “sentido de

* Académico de la Universidad de Chile. Doctor en Filosofía. Autor de los libros *Epistemología y ateísmo*, Bravo y Allende Editores, 2016 y *Lógica, existencia y ateísmo*, Editorial Universitaria, 2022



“ Pierre Bayle (1647-1706), uno de los precursores de la Ilustración, hablaba del “ateo virtuoso”, aquel sujeto en quien moralidad y ateísmo son completamente compatibles; el ateo no atenta contra la honestidad ”

nuestra vida”. Así, dicho sentido solo estaría en el teísmo. Mas, ya Pierre Bayle (1647-1706), uno de los precursores de la Ilustración, hablaba del “ateo virtuoso”, aquel sujeto en quien moralidad y ateísmo son completamente compatibles; el ateo no atenta contra la honestidad. No se puede, como se hace normalmente, asociar ateo con ser ruin.¹



La filosofía del ateísmo puede ser concebida, se propone, como una disciplina positiva de pleno derecho, que consiste en negar esa tesis de la negatividad; equivale, en cuanto teoría, en convertir el fenómeno del ateísmo en problemas epistemológicos, lógicos, ontológicos y éticos. Equivale, asimismo, al examen de los argumentos contruidos por el teísmo para defender sus posiciones.

Es posible asociar el inicio mismo de la filosofía con una postura crítica acerca de la creencia en lo sobrenatural. ¿Acaso no es posible asociar a los presocráticos con un distanciamiento, como un quiebre en realidad, del mito, de la presencia providencial de los dioses? ¿No significa, como afirmaba Ortega, el paso del “así sea” (amén) al “A es B”? ¿O, no han sido los humanismos una reacción a “doctrinas religiosas y metafísicas”?² Epicuro propuso que, si bien había dioses, estos no tenían ninguna relación con nada humano, en ningún sentido. Desde entonces, desde ese protoateísmo epicúreo, se podría decir así, el pensamiento filosófico ha recorrido un camino hacia un pensamiento libre de dogmas ligados a entidades sobrenaturales. En efecto, en los inicios mismos de la modernidad, o desde la guerra de los 30 años en el siglo XVII, es que comienza un proceso de secularización que viene a desarrollarse y afianzarse en el siglo XIX. La filosofía del ateísmo puede ser considerada el último eslabón de este camino, eslabón teórico, como el paso más radical, como el cuestionamiento mismo del objeto religioso: la existencia del objeto propio de la religión.

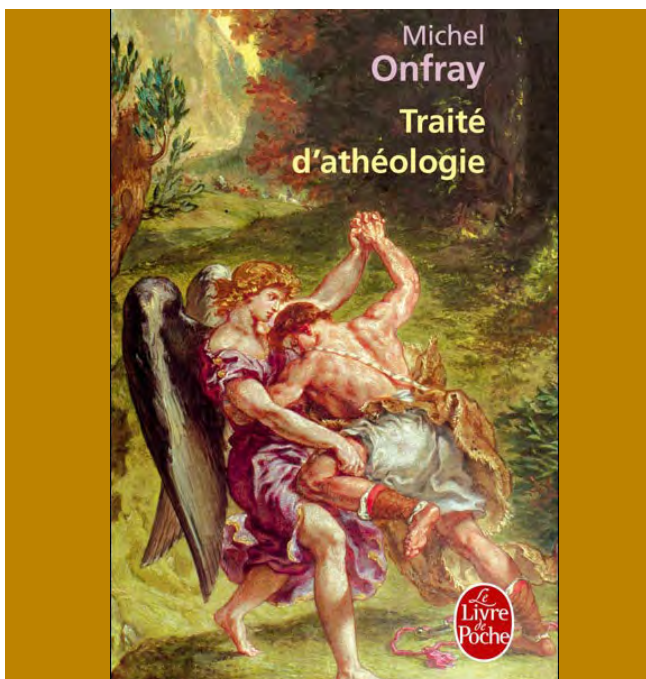
La filosofía del ateísmo tiene principalmente una doble tarea: (i) elucidar el concepto de ateísmo; (ii) desarrollar una labor teórico-crítica de los argumentos planteados por el teísmo. A su vez esta segunda tarea considera: (ii)-1 la crítica tanto de los argumentos teístas mismos como (ii)-2 la formulación de argumentos propios de la filosofía del ateísmo. Se exponen, en lo que sigue, brevemente estas dos tareas.

1 Véase Pierre Bayle, 2007, *Pensées diverses sur la comète*, Paris, Flammarion, especialmente secciones 177 y 178

2 Félix Duque, 2003, *Contra el humanismo*, p.64, Madrid Abada editores



Elucidación de un concepto conflictivo



Es necesario distinguir el concepto de ateísmo de otras ideas pertenecientes a la “misma familia”. De acuerdo con M. Onfray³ no es fácil encontrar pensadores que afirmen claramente el ateísmo. Términos como “deísta”, “agnóstico”, “secular”, “laico”, “materialista”, incluso “pagano” son a veces considerados como equivalentes al de “ateo”. En la ilustración, la época de “las luces” (una época bastante oscura en realidad, que la filosofía trataba de iluminar) tomó mucha fuerza la presencia del “deísmo”. Pero el deísta no es el ateo. Voltaire, así como muchos de los llamados “libertinos ilustrados” (muchos escribieron desde la clandestinidad porque la situación era peligrosa) como La Mothe le Vayer, Vanini, Toland, Naudé, fue un deísta. Su crítica era sobre la presencia, poder e influencia eclesiástica en la cultura y, sobre todo, en la política, pero sin postular un ateísmo propiamente tal, una afirmación de que Dios no existe. La mayoría de los filósofos modernos fueron deístas; he allí los casos conspicuos de Hume y, sobre todo, de Spinoza. A veces se señala a Spinoza como un ateo. Su excomulgación lo demostraría, mas su obra fue deísta, pues lo que hizo fue un análisis de tipo cartesiano de los dogmas

3 Véase M. Onfray 2008, *Tratado de ateología*, Barcelona, Anagrama.

eclesiásticos del cristianismo (milagros, virginidad de la madre, transubstanciación y otros). El mayor riesgo de “ateísmo” era el panteísmo de Spinoza: el identificar a Dios con la naturaleza.

El agnosticismo es otra postura relevante con la que se confunde el ateísmo. El término, acuñado por T. Huxley hacia 1889, es un escepticismo de tipo epistemológico que puede sintetizarse en el siguiente argumento: (i) No se puede demostrar que hay Dios, (ii) No se puede demostrar que no lo haya; (iii) No hay razones que inclinen al sujeto en ninguna de las dos alternativas. La cuestión, entonces, está en la imposibilidad de creer o no, no en una afirmación de existencia (de manera semejante a la *epojé* de los escépticos antiguos). Como Maimónides, puede haber, sin embargo, alguien que sea agnóstico y teísta a la vez, quien afirmaría: creo en Dios, pero es incognoscible, no argumentable, no conceptualizable. Es un *fideísmo* (postura de la cual S. Kierkegaard, el fundador del existencialismo y de la filosofía contemporánea, tal vez sea el mayor y más influyente representante).



De acuerdo con el lógico y teólogo actual A. Plantinga, se puede distinguir entre un agnosticismo débil y otro fuerte. El primero consiste ni en creer ni en no creer en la existencia de un ente con los predicados standard de la divinidad. El segundo afirma más, agrega una modalidad: no



“*Términos como “deísta”, “agnóstico”, “secular”, “laico”, “materialista”, incluso “pagano” son a veces considerados como equivalentes al de “ateo”*”

es *posible* justificar la creencia en la existencia divina.⁴ Hay que notar que en el agnosticismo parece suponerse de todos modos la existencia de Dios. En todo caso, no parece ser cierto que no se puede demostrar su no existencia, pues, indirectamente, ello es posible al criticar los argumentos que sí pretenden demostrarla.

Ateísmo tampoco es laicismo, pues este último más bien apunta a una separación entre dos instancias, religiosa y no religiosa. El laicismo es más bien propio de una institución, es el estatuto jurídico de un proceso de secularización, es la separación entre estado y religión, aunque pueda decirse laico también de un individuo. Por cierto que estos conceptos, laico y ateo, están conectados entre sí. Es posible que un pensador, siendo fundamentalmente defensor de una filosofía del ateísmo, defienda el laicismo. Un comentario aparte requiere el término “paganismo”. Se trata de un término ligado al cristianismo. En sus inicios el cristianismo, en Roma, llegó en último término al campo, al “*pagus*”, en el cual se continuó, por un buen tiempo, profesando religiones “paganas” y no el cristianismo que ya se imponía. En suma, si bien pueden coexistir en un sujeto posturas ateístas como deístas o laicistas, ello no permite confundirlas conceptualmente .

La crítica a los argumentos teístas

El teísmo, en su forma intelectual, esto es: la teología, ha elaborado muchos argumentos en favor de la existencia divina. Algunos de ellos muy fuertes y de gran y extensa influencia. El mismo teísmo, pues, ha considerado que racionalmente se puede fundar la fe. Sin embargo, ninguno de

esos argumentos se sostiene. La mayoría registra el problema de concluir aquello que ya se tiene como dado. Las formas en que la literatura clasifica los argumentos teístas y sus críticas desde la filosofía son muchas. En esta breve exposición tomamos la taxonomía de J. Howard⁵, quien ofrece esta clasificación: (i) Argumentos “teóricos”, en los que se trata de analizar la verdad o la falsedad de un enunciado de existencia, de la forma “existe X”; en particular, “Dios existe”. En esta categoría se inscriben los argumentos cosmológicos, ontológicos, analógicos, de la moral, etc. (ii) Argumentos “prácticos”, en los que creer o no creer es una cuestión de un cierto “estado mental”.

Un caso conspicuo de argumento “teórico” es el ontológico, de tipo *a priori*, pues no requiere elementos empíricos y se resuelve en el mismo concepto de Dios. Ha tenido muchas expresiones, desde San Anselmo de Aosta, Spinoza y Descartes hasta hoy. Su esquema muy básico es este (las distintas formulaciones dan lugar a distintas fuerzas lógicas y a diferentes críticas): (i) Dios es el ser tal que nada mayor puede ser pensado; su propio concepto lo pide así; (ii) la existencia es parte de la perfección, (iii) un ser perfecto no puede carecer de una perfección, (iv) Dios existe. En las “*Meditaciones*”, la quinta, Descartes afirma que repugnaría a la razón pensar en un ente absolutamente perfecto que no exista, que sería como pensar en una montaña sin valle. Spinoza, por su parte, considera absurdo concluir que una esencia infinitamente perfecta no exista. Pero este argumento *a priori*, no obstante su aparente fuerza, no funciona. La crítica de Kant es que el argumento, en la formulación de San Anselmo, pide su conclusión, pues si se define a Dios como el ente tal que se deba pensar que nada más perfecto puede

4 Véase A. Plantinga 1993, entrada “Agnosticism” en Dancy y Sosa Edits. *A Companion to Epistemology*, Oxford, Blackwell

5 Howard J, 2004, *Logic and Theism*, Cambridge, Cambridge University Press



existir (no como una mera hipótesis, lo que sería contrario al teísmo), es trivial concluir que existe. Por otra parte, el mismo Kant ofrece otra razón que muestra la falacia: la existencia no es una propiedad de un ente, como lo es el color o el peso, por ejemplo. Decir “X existe” es, en rigor, redundante. Si el rojo y la pequeñez, por ejemplo, son propiedades de X, entonces, si X existe, entonces esas son sus propiedades. Pero se requiere que X exista primero. En otros términos, el enunciado: “X es rojo y es pequeño” es verdadero si y solo si X existe, si hay un objeto que satisfaga la función. Así: “Dios es omnisciente e infinitamente bueno” es verdadero si y solo si Dios existe. Es también la crítica que hace B. Russell sobre la base de su teoría de las descripciones. La existencia de X es una condición de posibilidad de sus propiedades.⁶ Por ejemplo, en términos de B. Russell, la descripción: “la ciudad que es capital de Chile” es una descripción verdadera porque existe una ciudad (Santiago) que satisface esa descripción. En cambio, “la ciudad chilena de 15 millones de habitantes” es falsa, porque no existe ningún objeto que satisfaga esa descripción.

Otro argumento teísta “teórico”, en la nomenclatura de Howard, es el de la moral. Se trata de una razón de mucha presencia e influencia social. Como lo expone W. Lane⁷: (i) Si Dios no existiese no habría valores morales objetivos; (ii) Pero hay tales valores morales (iii) Dios existe. Pero, por muy aceptada y extendida que sea esta idea, que identifica Dios con moral, es manifiesta la debilidad del planteamiento.⁸ Lo que es débil es la premisa primera, que relaciona condicionalmente a Dios con la moral. A lo más se podría afirmar que la religión es una fuente entre muchas de la moral, pero es un engaño pensar que exista una exclusividad en esa identificación. Por otra parte, hablar de “objetividad” en los valores humanos es un supuesto muy discutible.

Un argumento teísta, en cambio, de orden “no teórico”, que tiene que ver con un estado anímico o mental, es el de Pascal. En síntesis, la tesis de Pascal es que “conviene” creer en la existencia de Dios. ¿Qué sucedería si no creemos en su existencia y no existe? Pues, nada. Pero, ¿qué sucedería si realmente existiese Dios y no creemos en él? ¿No habría un perjuicio infinito? ¿Vale la pena correr tamaño riesgo? Pues, no, diría Pascal. Es muchísimo lo que perderíamos. Así, aunque haya *razones* para el ateísmo, me es *reconfortante* creer. Es un estado mental más satisfactorio. Queda a la vista, pues, que lo único que logra demostrar el argumento es una conveniencia de evitar riesgos, pero de allí no se sigue que exista el objeto de dicho riesgo.

Otros de los argumentos contruidos por el teísmo que ha tenido siempre un gran poder de persuasión en las sociedades es el de la *analogía*, de tipo teleológico, expuesto por W. Paley a fines del siglo XVIII. Si un lápiz, digamos a modo de ejemplo, ha tenido un diseñador, una mente que lo concibió y lo construyó, entonces debe suceder lo mismo con el universo entero, esto es tener un ultra diseñador y hacedor. De manera similar el argumento cosmológico, tan antiguo como Aristóteles, afirma que, como los sucesos de nuestra experiencia tienen causa, el universo en su conjunto debe tener una causa, pero primera, suprema, ella misma incausada. A pesar de su apariencia, estos argumentos no se sostienen. Debe observarse que una buena analogía, si bien puede ser muy productiva epistemológicamente, no es una estructura demostrativa, como pretendería el teísmo al ocuparla. En segundo lugar, ¿se trata de una analogía adecuada realmente? Lo que ocurre con el caso del lápiz, o cualquier otra manufactura, es que sabemos desde ya, por nuestra experiencia, que es un producto de la industria humana, cosa que no sabemos para el universo completo. Por tanto, el argumento pretende demasiado. Que objetos individuales hayan sido contruidos y pensados por una mente no implica que el conjunto de todo lo que hay tenga que tener una súper mente diseñadora. Además, ¿puede aplicarse el concepto de “diseño” a un ser divino? El diseño es un complejo de actos humanos, de idas y venidas, de ensayos fallidos,

6 Véase D.Eller 2004, *Natural Atheism*, Cranford, New Jersey, AAP, capítulo 1

7 Véase W.Lane 2007, en M.Martin Edit. *Atheism*, Cambridge

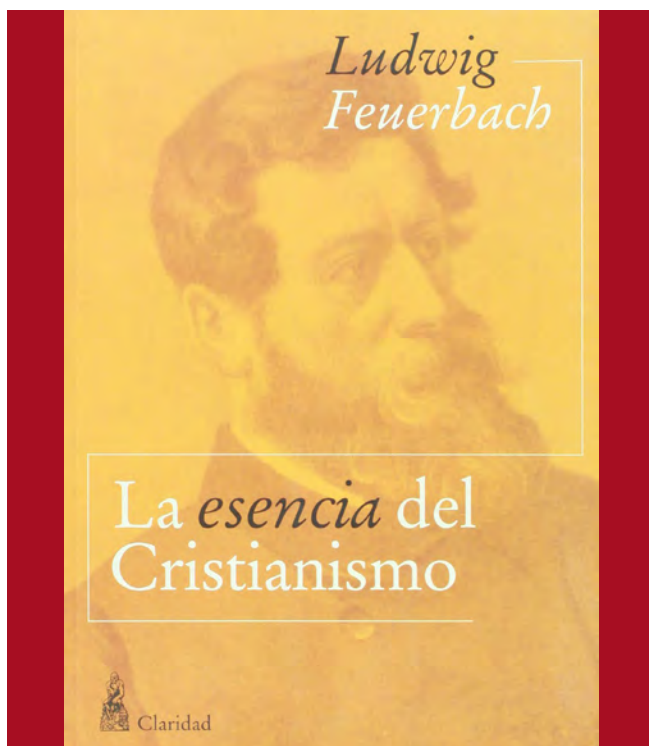
8 No confundir esa debilidad con el hecho de que el argumento posee una *forma* lógicamente válida: $p \rightarrow q$ y $\neg q$ tienen como consecuencia lógica: $\neg p$ ($\neg D \rightarrow \neg V$; $V / \neg \neg D / D$).



de pruebas, no de actos únicos y perfectos. Es un concepto humano que no es posible extrapolar más allá de lo humano. El argumento de la primera causa sufre de problemas similares; el concepto de causa en realidad corresponde a sucesos dentro del mundo, digamos así, no para fuera de todo el conjunto. La idea de causa ha sido elaborada sobre la base de nuestra experiencia fáctica, difícilmente extrapolable más allá de ella.

Los argumentos ateístas

Pero la filosofía del ateísmo también está conformada por argumentos que no son propiamente críticas a razones elaboradas por el teísmo, como los mencionados en la sección anterior. Se trata de razones y perspectivas construidas desde el pensamiento ateísta mismo. Son los casos, por ejemplo, de J.P. Sartre o de L. Feuerbach y, en nuestros días, J. Mackie y A. Comte-Sponville. Así, Feuerbach lo que hace no es tanto criticar argumentos existentes; por el contrario, en términos “positivos” ofrece una visión de la naturaleza humana tal que ella implica un ateísmo, tal vez, a nuestro juicio al menos, el más claro y fuerte que quepa encontrar.



En su texto *La esencia del cristianismo*, publicado en 1841, Ludwig Feuerbach (1804-1872), presenta una idea de lo divino comprendida como esencia de lo humano. Es una inversión fundamental de las teologías de la creación divina. De Dios como el creador del hombre al hombre como creador de Dios, de la idea de Dios, más precisamente. Lo divino consiste en las proyecciones humanas llevadas al infinito. Las propiedades divinas *son solo las propiedades humanas* consideradas superlativamente. Feuerbach, un crítico del idealismo alemán, no enuncia que no hay dioses, no enuncia explícitamente su no existencia; solo reduce su esencia a lo humano: “La esencia divina no es otra cosa que la esencia humana o, mejor dicho: la esencia del hombre sin límites individuales, es decir, sin los límites del hombre real, siendo esta esencia objetivada, o sea, contemplada y venerada como si fuera otra esencia real y diferente del hombre”.⁹ Lo divino es, pues, nada más que una abstracción de lo humano. De este modo, Feuerbach representa de manera conspicua a los pensadores que construyen razones ateístas propias, más que centrarse en mostrar las debilidades de los argumentos en defensa del teísmo. Lo divino, para Feuerbach, en suma, no es nada más que una proyección de sentimientos y, sobre todo, de aspiraciones humanas de perfección, pero que quedan siempre dentro del propio círculo de lo humano.

Los argumentos teístas y sus críticas, así como los ateístas, son muchos y en constante desarrollo en sus muchas versiones. Pero valgan los casos expuestos para ilustrar los problemas que encierran. La filosofía del ateísmo, como la filosofía del arte, de la ciencia, de la historia, de la tecnología, estará siempre haciéndose, expandiéndose y contrayéndose, buscando continuar los caminos iniciados hace ya mucho, en los inicios del pensamiento moderno, en cierta medida en el humanismo renacentista y, decididamente, en la Ilustración. 🔥

⁹ Feuerbach L., 2006, *La esencia del cristianismo*, Buenos Aires, Claridad, cap. II, pág. 27



La riesgosa incertidumbre de una iniciación

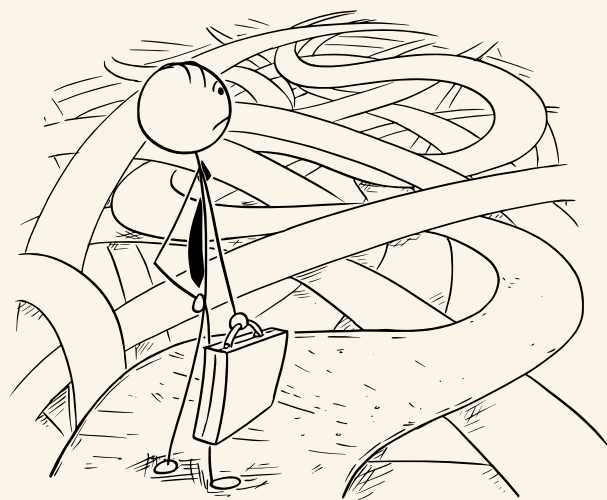


Por Rubén Farías Chacón*

Los acontecimientos ocurridos desde el 19/10/2019 fecha de la crisis social hasta ahora, dan cuenta de una serie de hechos que hoy ya son parte de nuestra historia. Sin embargo, el triunfo de Gabriel Boric Font en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales (19/12/2021) y su asunción al poder (11/03/2022), marca lo que el título de esta presentación señala como algo preocupante.

En efecto, el riesgo —además de la evaluación del que pueda ser objeto— tiene que ver con un problema práctico de acuerdos o desacuerdos en las relaciones políticas existentes. Ello a su vez, se caracteriza por las responsabilidades individuales y sus formas de pensar, como igualmente, por los intereses grupales que los identifica a través

de las diferentes tendencias ideológicas que representan.



* Profesor de Estado en Historia, Geografía y Ciencias Sociales de la Universidad Católica de Valparaíso; Licenciado en Filosofía y Educación, UCV. Doctor en Geografía Aplicada por la Universidad de Alta Bretaña, Rennes-Francia. Miembro del equipo editorial de Iniciativa Laicista.



Sin embargo, pese a que su origen histórico es conocido, se advierte de todos modos, que el bien superior del pueblo chileno, al parecer, no reviste para algunos la prioridad que debiera tener.

El riesgo se expresa también en las consecuencias que significa persistir en la actitud política descalificadora de los puntos de vista de quienes piensan distinto. Ante esto, el oficialismo debe saber enfrentar esta situación, no obstante, las dificultades que representa tratar de superar las décadas de injusticias que en los períodos anteriores se mantuvieron y que no se resolvieron.

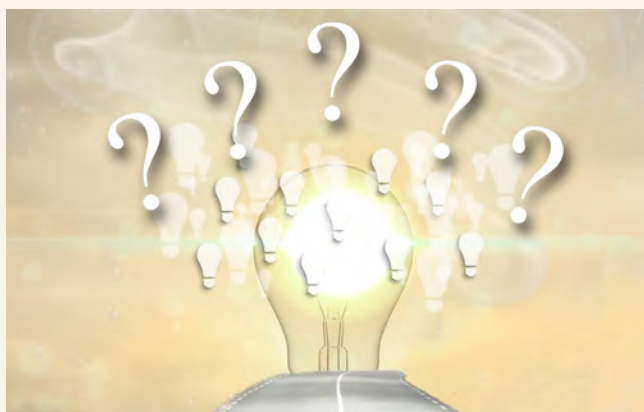
En política, todo peligro deriva siempre –y entre varias otras causas– de una situación socioeconómica inestable, injusta, que atenta severamente en contra de la convivencia social. Situaciones como estas, generan graves consecuencias en los equilibrios que caracterizan la cotidiana vida de un pueblo en el ámbito de su propia dinámica de desarrollo. Es lo que ocurre en estos primeros cinco meses de gestión del actual gobierno, que se agrava aún más considerando las diversas circunstancias internacionales de inseguridades económicas¹.

Ante estos hechos, la sociedad vive un serio riesgo a causa de un inseguro período en su rutina de vida. El ejercicio de la gestión gubernamental, ha definido como una de sus metas, el desafío que obligadamente exige cumplir con lo que antes no se cumplió. Esta etapa aprecia, en la propuesta gubernamental, la posibilidad de un mejor futuro y, en la oposición, una permanente reiteración de mantener la normalidad “ya vivida”, aunque sin comprender el desafío histórico que afrontan si sus ideas no empatizan con el significado que en la actualidad tiene el sentido de libertad y de los derechos de los demás. Si así fuera, demostrarían de este modo –y ante la sociedad– la satisfacción que se siente ser uno de los responsables de contar con la posibilidad de generar un sustentable desarrollo y mejor vivir para todos.

1 Ejemplos de estas situaciones se advierte en los casos como la guerra entre Rusia y Ucrania; los problemas económicos a través de todo el mundo; el incierto estado de conflicto cibernético internacional; los permanentes conflictos en el Medio Oriente; disturbios sociales, la pandemia de COVID-19, etc.

En política, además, todo nivel de riesgo surge por negligencia de sus propios dirigentes, sean del sector ideológico que sean; por la incapacidad del Estado de no dar oportunas respuestas a las demandas sociales, situación que debería haberse estudiado con mucha anticipación y evitar así los errores ya cometidos por administraciones anteriores; por las variadas protestas que pueden continuar; por el creciente aumento de la corrupción, del narcotráfico y del crimen organizado, en sus diversas modalidades de tiempo y lugares; por la inseguridad que lo anterior provoca en las fuentes de trabajos, negocios, inversiones, tanto a nivel nacional como internacional, etc.²

La incertidumbre, por su parte, significa la incerteza de algo que no se tiene la seguridad ni la claridad suficiente de conocer debido a informaciones imprecisas y/o no siempre fidedignas, lo que determina una significativa ausencia de respuestas exactas de las dudas existentes. Esto surge no solo como consecuencia de los cambios ofrecidos, sino también por lo que significan las circunstancias políticas que hoy existen, al no contarse con el apoyo necesario que las iniciativas requieren en los trámites legislativos correspondientes. Situaciones de este tipo, pueden generar condiciones no deseables e inciertas en la estabilidad política requerida.



Debe considerarse, por otra parte, que los resultados electorarios obtenidos –si bien han sido favorables– han representado solo el objetivo de una primera etapa: pensar y cambiar la continuidad política tradicional por una opción que establezca gradualmente las bases valóricas

2 Ver más informaciones en: <http://centroestudiosinternacionales.uc.cl/medios/4425-estudio-desglosa-10-riesgos-politicos-para-america-latina>



de un nuevo país, lo cual se logró. No obstante, y de inmediato, sus detractores se han encargado de desacreditar esta inicial e inédita experiencia de gestión gubernamental, llegándose incluso, al extremo de juzgarlo a las pocas semanas de haber asumido.

Estos hechos provocan estados de ánimos inseguros que tensan el ambiente sociopolítico, reemplazando el ideal de gobernar en fraternidad por la pugna de intereses de los más variados tipos. Una situación como ésta puede precipitar al país a un insospechado período de ingobernabilidad e ignorándose la calidad humana de liderazgo que advendrá.

El origen de este problema no se refiere sólo al ejercicio de lo que hasta ahora ha sido el comienzo del nuevo gobierno, sino que también influye en ello, la cercanía que en el tiempo tuvo la parcial gestión presidencial con el trabajo recién realizado por la Convención Constitucional. Los resultados de esta última, aunque respondieron a una específica obligación (redactar una propuesta) y en un plazo legalmente limitado, (un año), no satisfizo los intereses de la oposición, manifestándose abiertamente contraria a muchos de sus contenidos. De este modo, sus declaraciones han contribuido a fomentar la incertidumbre en todos aquellos que votaron a favor del cambio constitucional. Más, la persistencia en publicar falsas informaciones, se advierte con bastante claridad, de manera especial cuando se induce a creer todo lo que se dice o se publica de acuerdo a lo que este sector estima, pero sin ayudar a estudiar, examinar o investigar la veracidad de tales versiones.

Lo anterior, por lo tanto, promueve la creencia a suponer que para el plebiscito próximo, ambas gestiones —a de gobierno y la propuesta constitucional— forman parte de los compromisos de la actual administración. Esta distorsión de los hechos confunde a la ciudadanía. El respeto al sentido democrático de la organización política del país obliga a que tanto el oficialismo como la oposición expliquen que las actividades de la Convención Constitucional se cumplieron. En consecuencia, el próximo plebiscito se refiere sólo al pronunciamiento público de aprobar o rechazar dichos resultados.

Ante este escenario, es obvio entonces, que una permanente actitud adversa a los cambios ofrecidos, limiten las posibilidades de cumplir con la básica y prudente reflexión que es necesario aplicar para comprender las transformaciones de las propuestas y sus influencias: provocación de un injustificado pánico social, con sus consiguientes efectos de confusión y desconfianza en la ciudadanía, todo lo cual afectan la realidad que significa la vida de la persona y sus relaciones.



Ahora bien, la iniciación de este nuevo gobierno no ha estado exenta de problemas. En efecto, no es fácil comprender que todo proceso transformador de las bases institucionales no antes vivida, inevitablemente produce un ambiente de nerviosismo generalizado respecto del riesgo y la incertidumbre de sus resultados.

Y es normal, debido a que en estas condiciones existen sectores sociales adversos a comprender que la crisis que ello provoca, es la respuesta que la generación protagonista de los acontecimientos legan a sus descendientes. Sin embargo, éstos, por cierto, no siempre los continuarán en la senda ideológica trazada por sus antecesores debido a las variadas y diferentes formas de apreciar la vida que entre una y otra generación presentan a través del transcurso del tiempo. Son cambios, muchos de los cuales, y en apariencia, son imperceptibles, debido a que la rutina de la vida continúa, pero cuyos actos en particular demuestran las vicisitudes del nuevo tiempo que adviene y del antiguo que lentamente comienza a terminar. Este es un hecho natural inevitable.

Cuando quienes manifiestan comportamientos conservadores justificados por el temor ante el dilema de cómo enfrentar el cambio, por lo general, lo demuestran *“asumiendo una actitud*



*de inmovilismo ante las demandas y retos de la sociedad*³. Tanto el temor como el inmovilismo también obedecen a causas específicas. Ellas, por lo general, se han referido a la tendencia de mantener el orden social y las relaciones logradas en virtud del poder ejercido durante el pasado

Al respecto, surge la pregunta: si la necesidad de cambios se ha expresado desde largo tiempo en lo que en justicia éstos significan, ¿por qué no ha existido similar preocupación por los grupos más vulnerables, derivados –por ejemplo– de los escasos ingresos que un alto porcentaje de la población recibe sin poder satisfacer en plenitud sus necesidades básicas normales? En este sentido, no se ha advertido a tiempo, ni en su debida ocasión, que la realidad en la que viven cientos de familias chilenas, responde a una diferente lógica de vida. Ésta, se ha impuesto por las condiciones económicas indicadas y sus afectados se rebelan ante quienes, habiendo ejercido el poder, las han mantenido.

Dicha realidad determina que, tanto ante períodos de cambios y durante los mismos, en vez de comprender lo que ello significa y reformular en su debida ocasión políticas que atenúen los efectos de las injusticias, se ha producido, sin embargo, una férrea defensa de posiciones privilegiadas y que ellos mismos, cuando han sido gobierno, han incorporado en los cuerpos legales respectivos: el caso del agua, la educación, la salud, las ISAPRES, las AFP, etc. son ejemplos ya conocidos. En el contexto de estos hechos, se plantea un disminuido rol del Estado, postergándose los derechos sociales y fomentando la iniciativa privada como el punto de partida que el desarrollo requiere.

Ahora bien, quienes sostienen puntos de vista contrarios o diferentes a los anteriores, poseen una visión que, en teoría, se fundamenta en el sentido social del proceso de gobernabilidad. Se define el rol del Estado asociado a la importancia del bien común y en que las políticas públicas se constituyen como el eje central del desarrollo. Se entiende, de todas maneras, que, si bien la iniciativa privada es necesaria, las preocupaciones por lo público no deben subestimarse considerándose las como funciones secundarias en las responsabilidades del Estado. La mutua interacción de ambas


visiones debiese conducir a la sociedad a un pleno desarrollo de todas sus fortalezas, aunque para muchos esto sea algo inesperado.

Una visión de futuro, en consecuencia, debe demostrar profundos conocimientos acerca de los problemas reales ya existentes. Sus orígenes –proveniente de tiempos pretéritos– deben ser resueltos a la luz de las exigencias del presente y no mantenerlos como una justificación política de lo que antes existió.

Todo lo que históricamente ya ocurrió, ha sido una permanente combinación entre la felicidad deseable de alcanzar como bien superior y la infelicidad de no lograrlo. En esto, la desmedida ambición humana desequilibra la balanza de la justicia entre los que siempre han intentado hacer de la vida un proceso de existencia de irritantes privilegios y quienes poseen, sin embargo, otras potencialidades. Hechos de este tipo no ayudan a comprender lo que la propia naturaleza significa en la suerte del destino humano y, por lo tanto, de la sociedad a la que cada cual pertenece.

Explicar esta realidad requiere de mucho conocimiento para concebir con la mayor objetividad posible el rol que la persona debe cumplir. De igual modo, se espera también bastante sabiduría para apreciar que la vida no es un bien de consumo, sino una hermosa posibilidad de contribuir al bienestar de la sociedad en el marco de las múltiples diferencias que enriquecen sus propias características humanas y culturales.

Ahora estas perspectivas se enfrentan a un inédito desafío en Chile, determinado por una también impensada circunstancia histórica: aprobar o rechazar –a través del plebiscito del 04/09/2022– la propuesta constitucional que fundamenta la posibilidad de elaborar la nueva Carta Fundamental del país.

Ante cualquiera sea el resultado, una visión fraterna, tolerante y de progreso comprenderá la necesidad de aunar esfuerzos por conciliar diferencias y permitir que lo justo se imponga. Es la voluntad de cómo una sana condición de ser coherentes puede hacer el bien a un pueblo y a sus integrantes superando sus riesgos e incertidumbres. 

3 BORJA, Rodrigo: <https://www.encyclopediadelapolitica.org/conservador/>



La peligrosa victoria del Dios único



Por Rogelio Rodríguez Muñoz*

Aunque el mundo pagano distaba de ser un remanso de benevolencia, era mucho más tolerante de lo que la propaganda monoteísta nos ha hecho creer. La investigación de Jonathan Kirsch que conforma su libro *Dios contra los dioses* (Ediciones B, 2006) le permite suscribir esta afirmación.

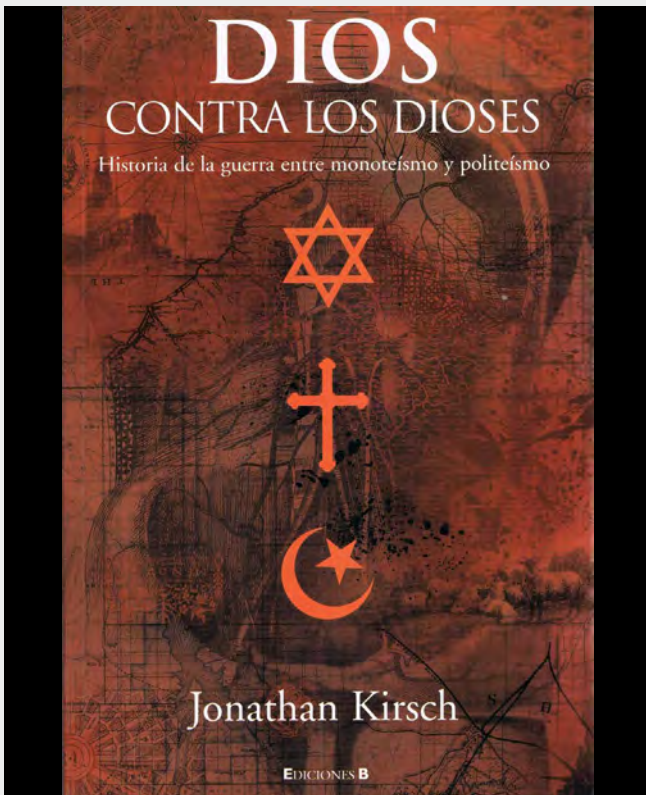
Cualquier hombre o mujer de la antigua Roma, por ejemplo, era libre de rendir culto al dios o a la diosa que le pareciera más proclive a concederle lo que le pedía en sus oraciones, con o sin la asistencia de sacerdotes o sacerdotisas. Hacia el primer siglo de nuestra era cristiana, el paganismo ofrecía una fabulosa gama de creencias y prácticas entre las que elegir, desde los sosegados y majestuosos rituales de veneración ofrecidos a los dioses y diosas del panteón grecorromano hasta los inquietantes y exóticos ritos que enfervorizaban a

los devotos de deidades como Isis, Mitra y la Gran Diosa. Los politeístas, además, no sentían inclinación de dictar a los demás cómo y a quién ofrecer plegarias y sacrificios; mezclaban dioses, rituales y creencias, buscando el favor divino de muchas deidades distintas a la vez.

Sin embargo, el monoteísmo insiste en que solo una deidad es merecedora de adoración, por el simple motivo de que solamente tal deidad existe. En eso coinciden el judaísmo, el cristianismo y el Islam: hay solamente un único Dios verdadero y los demás dioses no existen. Para el politeísmo no hay *herejía*; para el monoteísmo esta es un pecado, incluso un delito. El dios del cristianismo, del judaísmo y del Islam, surge como un dios celoso e iracundo que contempla el culto a otros dioses como una “abominación” y lo castiga con la muerte.

* Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. Magister en Educación, Universidad de Chile. Académico de la USACH, la Universidad Mayor y la Universidad Diego Portales. Miembro del equipo editorial de Iniciativa Laicista.






Desde sus inicios hasta el día de hoy, la actitud estricta e inflexible del monoteísmo condena la creencia en otros dioses y también el no creer en ninguno. Kirsch no vacila en argumentar que lo que llamamos fundamentalismo, integrismo y terrorismo religioso proviene de la creencia en un solo Dios considerado único y verdadero. Los creyentes en una u otra variedad del monoteísmo han ejercido, desde hace largos siglos, su terrorismo religioso contra los ateos, los politeístas y los otros monoteístas. En las últimas páginas del libro –después de pasar revista a la historia de la guerra de Dios contra los dioses, desde el remoto Egipto de los faraones hasta el reinado de Teodosio I, primer emperador en elevar el cristianismo a la condición legal de religión de Estado en Roma en el siglo IV de nuestra era (guerra, pues, en la que Dios resulta totalmente victorioso)– señala Kirsch: “De todas las ironías que nos hemos encontrado hasta el momento, ésta es la más enjundiosa y cruel. Aquellos de nosotros que vivimos en el mundo occidental ya no nos exponemos a la tortura y la muerte de manos de los agentes de la Iglesia o el estado por creer en más de un dios o en ninguno, y aún así nos encontramos muy expuestos a un peligro procedente de la última

hornada de zelotes religiosos que han conservado las tradiciones más antiguas del monoteísmo, entre ellas la guerra santa y el martirio. Entre los nuevos rigoristas hay judíos, cristianos y musulmanes, y las atrocidades del 11 de septiembre son tan sólo el ejemplo más reciente de la violencia que los hombres y mujeres se sienten inspirados a cometer contra sus congéneres por su fe verdadera en el único Dios verdadero. En verdad, todos los excesos del extremismo religioso del mundo moderno pueden verse sin excepción como la última manifestación de una tradición peligrosa que empezó en la remota antigüedad. Cuando los talibanes dinamitaron las estatuas budistas de Afganistán, respondían a la llamada de la Biblia hebrea y seguían el ejemplo de los monjes cristianos de la antigüedad tardía. Cuando una joven árabe se enganchó una bomba al cuerpo y entró en una pizzería de Tel-Aviv, estaba siguiendo los pasos de los zelotes en Masada y los circuncelianos del Norte de África. Y cuando un médico judío abrió fuego sobre los musulmanes que rezaban en la Tumba de los Patriarcas, honraba la tradición de los terroristas de la era bíblica llamados sicarios”.

El fanatismo religioso nos ha llegado, pues, con el monoteísmo, con el celo de imponer a un único Dios absoluto y verdadero (y las raíces de este fanatismo no se encuentran exclusivamente en la tradición islámica, sino que también arrancan de las páginas de la Biblia). La tradición pagana –aunque así pintada por los guardianes del monoteísmo que se han dedicado a contarnos la historia desde su punto de vista en las iglesias, las sinagogas y las mezquitas– no posee una naturaleza tosca y demoníaca. Al contrario, los valores que celebramos en el mundo occidental –la tolerancia, la diversidad cultural y la libertad religiosa– provienen, más bien, de los principios que inspiraban al paganismo.

Hay que reconocer, entonces, lo cierto de la frase de Sigmund Freud que el mismo Kirsch coloca al comienzo del prólogo de su obra: “La intolerancia religiosa nació inevitablemente con la fe en un único Dios”. 



Diálogo y nivel de una discusión positiva



Por Edgardo Hidalgo Callejas*

En televisión, diarios y en redes sociales estamos viendo como la discusión por el **Apruebo-Rechazo** se torna a menudo estéril y no ayuda a conocer realmente lo que dicen los artículos del proyecto del texto constitucional, único modo de tomar una decisión seria e informada. Como el objetivo principal de los ocasionales invitados e intervinientes es el proselitismo, o sea, ganar adeptos para su lado, la discusión está cargada de ideas a semi explicar descalificaciones de los contrarios y arengas patrioterías, para motivar al auditorio a decidir sus votos en la dirección de sus particulares intereses. Estamos todos de acuerdo que en estos programas la idea central es ganar adeptos; pero no de esa manera, porque analizados en profundidad hay engaño

en los argumentos, aprovechamiento de la fama social de los invitados, silencio intensional sobre los aspectos positivos de la “otra parte”. No dudo de las buenas intenciones de los periodistas conductores que se afanan en mostrar los dos lados de la moneda.

En redes sociales la agresión es sin límites y la descalificación del oponente pareciera que es el argumento que más se usa, los valores éticos están ajenos a estos diálogos (si se pudieran llamar así).

Las relaciones interpersonales en toda situación de la vida pueden cultivarse porque los humanos tienen capacidad de interacción con sus semejantes. Tenemos el instinto de conocer, experimentar, aprender y evolucionar en el medio

* Edgardo Hidalgo fue director de la Escuela de Kinesiología de la Universidad de Chile (1990-2000), Profesor de la Escuela de Danza de la Universidad de Chile (1968-1996), Consultor de la Oficina Panamericana de la Salud y Fundador/Primer Director de la Escuela de Kinesiología de la Universidad de Concepción. Es autor de varios libros: El movimiento es vida (2014); La libertad ¿somos libres realmente? (Ensayo filosófico valórico, 2019) y La historia cómo yo la viví (septiembre, 2021). Miembro del equipo editorial de Iniciativa Laicista.



social. Las relaciones interpersonales permiten evaluar capacidades, fortalezas y debilidades, manejar el estrés al sentirse acompañado y así se mejora la autoestima que es importante para la aceptación social. Esto es lo normal que nos dice la sociología.

Frente a un tema - y especialmente al que nos referimos ahora- es muy importante el lenguaje usado, sea escrito o hablado; sin embargo, vemos a diario, lamentablemente, que las definiciones que la Real Academia de la Lengua nos enseña no son tomadas en cuenta: se hacen sinónimos donde no corresponde, la ortografía no importa y en el afán de mostrarse inclusivo con la mujer se ha deformado el idioma a niveles extremos. (“no se necesita ese lenguaje para respetar verdaderamente a una mujer, lo que hay que cambiar es la actitud frente a ella”).

Hay 3 palabras que merecen una atención especial:

Discutir (del latín *discutere, disipar, resolver*) : *Examinar algo atenta y particularmente entre varias personas. Contender y alegar razones contra el parecer de otro. Contender, a su vez, significa “lidiar (o sea batallar, pelear, pleitear, litigar, disputar, debatir, altercar, porfiar).”(RAE). Lo importante es que la discusión inevitablemente incluye como **objetivo mayor imponer nuestro punto de vista**; por definición, se trata de imponer, ganar y, obviamente, derrotar las ideas diferentes.*

Conversar: *Hablar una o varias personas con otra u otras. (RAE) Como podemos deducir no incluye imponer, ni ganar, ni agredir con nuestro discurso, sino solamente dar a conocer nuestra opinión (socializarla), sumar voluntades con otras personas que opinan de forma similar, o estar abiertas a aceptar “al otro”. A la inversa, si nuestra opinión es minoritaria, dejar constancia y valorar la diversidad de ideas.*

Dialogar: *Plática entre 2 o más personas que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos (RAE). Se parece a conversar, en el sentido que solamente cada uno manifiesta sus ideas, sin intercambio de argumentos que deriven en imposición, ni alteración de las buenas relaciones personales.*

Podemos concluir que es muy importante tratar los temas de connotación política, u otros de

alta sensibilidad, como un “diálogo, o conversación entre amigos”, por tanto, debería ser en un clima fraternal, sin imponernos con palabras agresivas y ofensivas.

Del diálogo (o de la conversación) nace la luz, pero se requiere de un ambiente con algunas características y estas son la fraternidad y la tolerancia y no la discusión violenta.

La pirámide del desacuerdo

Veamos a continuación una pirámide que clasifica escalonadamente el ambiente en una controversia y que nos permite ver claramente cómo en la medida que decrece la fraternidad, la tolerancia y el respeto, el diálogo se vuelve estéril e improductivo para terminar en la oscuridad, lejos de “la luz”.



Ensayo “How to Disagree”, “Cómo discrepar”, publicado en 2008. Autor Paul Graham”, (ensayista, escritor, periodista inglés radicado en U.S.A.)

La pirámide va desde el cero al 6. En la base de la pirámide, nivel cero, está la agresión y el insulto, como argumento supuestamente válido para debatir al contrario. En el nivel 1 y 2 se ataca al contrario, no con argumentos sino a la persona (“eres nadie”), o su autoridad (“con que título”), o su tono (“en ese tono no discuto contigo”). Luego en el nivel tres se intenta argumentar débilmente con supuestas ideas contrarias sin valor racional; y



así en el cuatro se recurre a opiniones de terceros importantes -o famosos- pretendiendo con ello dar peso argumental, sin embargo, este nivel ya tiene el mérito de apuntar a razonar en el sentido de la discusión. En el cinco aumenta la calidad de la contraposición, busca un error en el argumento del contrario, pero todavía no ataca el centro de su razonamiento. En la cúspide de la pirámide está el nivel 6, en el que se refuta el punto central de la argumentación del contrario con un discurso razonado y bien argumentado, este es el nivel ideal y es el de mayor penetración y peso en el auditorio presente, *(personalmente creo es el único positivo y válido para conquistar adeptos)*.

En esta escala, que la vemos a diario reflejada en los contrapuntos del diálogo ciudadano, es posible percibir claramente quien tiene razones y quien usa la agresión y descalificación para pretender contrarrestar la opinión ajena. Si pretendemos dialogar con fraternidad, respeto al prójimo y tolerancia se debería discutir siempre en el nivel seis idealmente. En la medida que la fraternidad no es factor importante, sino ganar, callar y destruir, al contrario, la discusión se desarrollará en niveles cada vez más estériles, hasta la base (nivel cero) ya sin ninguna calidad argumental, porque quien recurre al insulto no tiene argumentos inteligentes: ***cuando se va la razón llega la violencia.***

La escala aquí presentada es muy recomendable conocerla porque nos permite tomar conciencia si nuestra posición está enfocada en el nivel 6, o estamos lejos de él. La descalificación del oponente en los niveles 0,1, y 2 no aportan nada y solo debemos no tomarlas en cuenta. Desgraciadamente los niveles más bajos de la pirámide son muy usados en redes sociales y pareciera que cumplen su efecto, lo que habla muy mal de la pobreza educacional que observamos en general. Hay que elevar los argumentos de la discusión y ello se logra solamente con razonamiento y pensamientos ordenados a la hora de exponerlos.


Valores sociales que deben estar presentes en la discusión.

La fraternidad es un valor humano que hermana a las personas. Entre individuos de relación consanguínea es lo natural que se espera de ellos; es casi una obligación ser fraternos, tener amor y disposición a demostrarlo. Sin embargo, entre personas

que no tienen esa relación consanguínea es fraternidad pura. El homo sapiens es un ser que vive en sociedad y construye su mundo familiar, laboral, educacional, en torno a la fraternidad. Por tanto, sus diferencias, que es normal que existan, deben tener un centro, una fuerza centrípeta, que contenga los sentimientos adversos que surjan de la "distancia en ideas". El amor que emana de la relación fraternal es clave como fuerza cohesionante.

La tolerancia, dentro de las muchas características que la definen, la de mayor profundidad valórica es aquella que abre la mente para disponerse a aprender del "otro". Cuando no se opina igual, o parecido, normalmente se cierra la disposición a aceptar la opinión diferente, muchas veces muy distante de la idea propia. Estar dispuesto a oír la opinión discordante ya es un atributo de la persona tolerante. Ahora bien, si además se está dispuesto a razonar junto al "otro", para aprender y tal vez cambiar su propio parecer, es definitivamente un mérito mayor de quien practica realmente el valor de la tolerancia.

Si quieres convencer a una persona muestra tus puntos de vista de manera tranquila, respetando siempre al "otro", pero siendo fuerte y racional en tus argumentos. Finalmente termina la conversación para que la contraparte analice y decida en su intimidad lo que le parezca mejor. Las personas cambian sus puntos de vista siempre en una etapa de introspección, nunca cuando son rebatidos en público y menos si son humillados, denostados y agredidos, porque en este punto se agrega el amor propio que refuerza la posición personal y lo hace más impermeable al cambio.

Chile vive instantes de grandes definiciones políticas, como es elaborar una Carta Magna -la nueva Constitución de la República- y después las muchas leyes que necesariamente vendrán para acotar y disponer cómo se pondrán en práctica los artículos de la Constitución; para así construir una sociedad que albergue y unifique a los 20 millones de habitantes con tantas diferencias ideológicas, culturales y étnicas. Por ello que el diálogo debe ser en un ambiente fraterno, tolerante, de amistad y respeto entre los litigantes, sin agresión ni insultos que no contribuyen positivamente a ver la luz al final del túnel. 



Sobre tolerancia y librepensamiento



Por Enrique Contreras González*

Aún cuando a veces pensamos que la tolerancia y el librepensamiento –por relevantes y necesarios– han acompañado desde siempre a la humanidad en sus sucesivos avances civilizatorios, la realidad es que las definiciones filosóficas y sociales acerca de los alcances y atributos de esos conceptos sustanciales son bastante más recientes.

En tal sentido, y para caracterizar en primer término la noción “librepensamiento”, se puede citar a Ferrater Mora, quien señala que tal concepto es posible de interpretar de distintas formas, donde en especial se distinguen dos

grandes modos de comprensión que se diferencian en el sentido que se da al término: “amplio” o “estricto”.

De acuerdo al primer sentido, ser librepensador apuntaría a quien opta por no adherir a un dogma establecido, acepción que puede ser completada con la apelación al uso de la razón, por medio de la cual se rechaza la aceptación de dogmas por el mero hecho de ser tales. Es menester, sin embargo, asumir que definiciones muy amplias obstaculizan en muchos casos la comprensión de la idea que se pretende precisar. Lo mismo, no es infrecuente que el empleo de la concepción amplia del rótulo de librepensador esté orientado a más bien a hacer apologías

* Periodista, Universidad de Chile, con amplia trayectoria en periodismo escrito y en la creación y dirección de medios comunicación de acuerdo a un marco ético de la información periodística. Ha ejercido actividades académicas en los ámbitos del Periodismo Económico y de la Ética Periodística. Integrante por más de una década de los Tribunales de Ética del Colegio de Periodistas.



simplistas y parciales o con finalidades más bien propagandísticas.

Por ende, es relevante asumir que el concepto de librepensamiento debe necesariamente suponer circunstancias históricas determinadas, sin las cuales los verdaderos librepensadores quedarían descontextualizados y carecerían de sentido. De allí procede entonces la relevancia del concepto con sentido “estricto”.

De hecho, como más lejano en el tiempo, el término “librepensadores” (*freethinkers*) se vincula a un grupo de pensadores ingleses de los siglos XVII y XVIII a los que se reconocen de manera relevante posturas orientadas a la defensa de la tolerancia religiosa y claras cercanías con el racionalismo y el materialismo, así como con el deísmo y la religión natural y racional. Incluso, algunos de ellos postulaban el ateísmo de manera tácita o explícita.

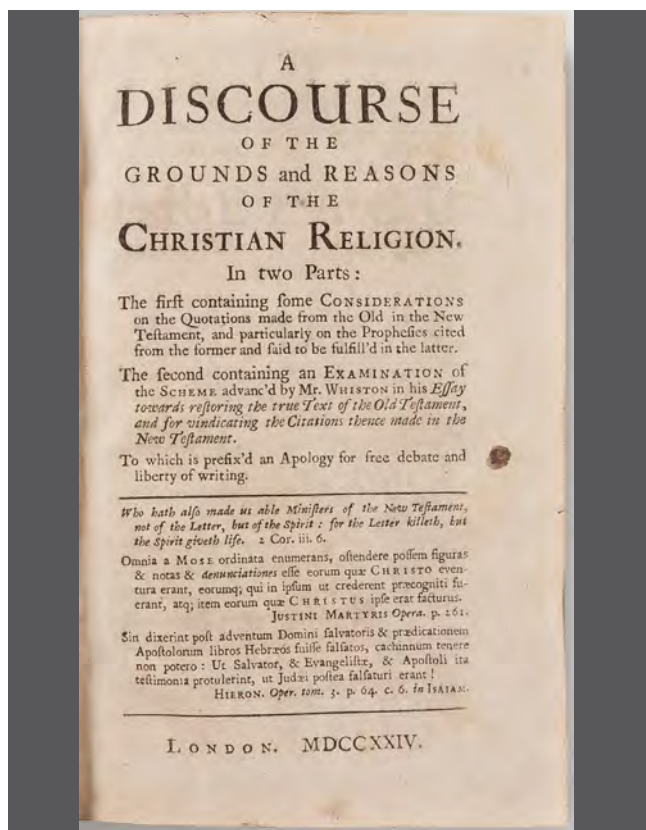
Siendo entonces central en el debate el tema de la religión, el consenso estaba en impugnar los misterios sobrenaturales, las liturgias y los dogmas “oficiales”, y se propiciaba en cambio un racionalismo por el cual todo conocimiento verdadero exige la intervención de la razón como facultad y el rechazo de los dogmas religiosos.



En obras como *Christianity Not Mysterious*, John Toland –discípulo de John Locke y uno de los primeros en ser llamado *freethinker*–, criticó

ásperamente a las instituciones estatales y a las jerarquías eclesiásticas. Considerado uno de los deístas más notables, Toland defendió los atributos racionales de la religión natural frente a lo indescifrable de los misterios sobrenaturales, afirmando en cambio que, en virtud de su universalidad, esa síntesis racional de la religión podría ser asumida por adeptos a cualquier confesión.

Otro texto relevante fue el *Discurso sobre el Librepensamiento (Discourse of Freethinking Occasioned by the Rise and Growth of a Sect Called Freethinkers)*, de Anthony Collins, quien sostuvo la exigencia del ajuste entre la revelación y las ideas naturales y racionales sobre Dios.

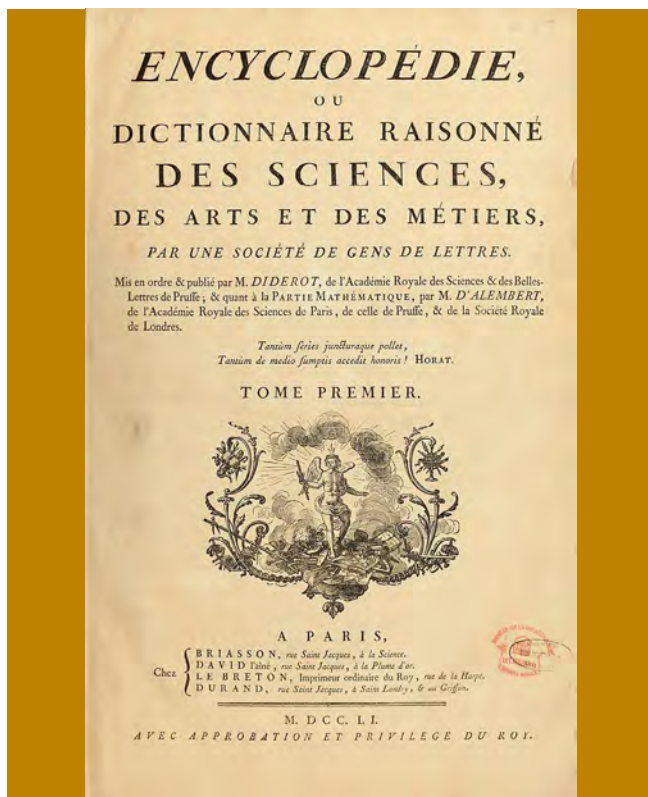


Si bien lo anterior permite puntualizar que –en relación con estos autores– el librepensamiento se relaciona con una perspectiva deísta y racional en lo concerniente a la problemática religiosa, particularmente cristiana, los límites del concepto estricto no pueden ser tomados de forma rígida, por cuanto no tenían ellos una postura intelectual unívoca ni tampoco debían compartir entre sí todas las posiciones.



En paralelo, en Francia surgieron denominaciones como los “esprits forts”, o bien los “racionales”, en contraposición a los “religionarios”. También estuvieron los “libertinos”, concepto que asumieron justamente para repudiar cualquier coacción religiosa o moral. Ahora bien, y dada la connotación peyorativa de ese término, los que postulaban un libertinaje propiamente intelectual adoptaron calificativos como “libertinos teóricos” o, entre los siglos XVII y XVIII, “filósofos” (*philosophes*) o, directamente, librepensadores.

Es por ello que es frecuente considerar que el librepensamiento se consolidó en la Ilustración, por lo que es aceptado señalar que los “philosophes” fueron precedentes y también protagonistas en algunos casos de ese movimiento intelectual y cultural. El “Siglo de las Luces” conoció a muchos intelectuales franceses que defendieron los ideales ilustrados y el progreso basado en la razón.



Destacaron allí pensadores como Diderot, D’Alembert, Voltaire, Montesquieu, Rousseau o Condorcet, entre otros, y un símbolo de ese período fue *L’Encyclopédie*, primer “diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios” que aglutinaba el conocimiento y divulgaba su contenido. La Ilustración se desarrolló

particularmente también en Reino Unido y Alemania, donde destacaron personalidades que, entre otros muchos, incluyen a David Hume, Immanuel Kant, John Locke o Thomas Jefferson.

Todo lo anterior permite subrayar la evolución histórica del concepto de librepensamiento y el uso de términos afines. La expresión “libre examen” –que si bien no se identifica propiamente con el librepensamiento, sino que es un precedente de aquel– tiene su origen en el análisis individual de las Sagradas Escrituras que surge a partir de la Reforma Protestante, idea que para el catolicismo supone una desviación en el ámbito moral que implicaría un abandono de la ley natural. Otros factores determinantes del librepensamiento fueron la revolución científica, las guerras de religión o las relaciones Iglesia-Estado, donde las consignas antidogmáticas postulaban al ideal de la razón como única fuente de emancipación.

Tras la Revolución Francesa el concepto de librepensamiento asume dimensiones diferentes, como que a comienzos del Siglo XIX se vincula también con pensadores de corte liberal. Más tarde floreció el ateísmo y adquieren fuerza tanto el materialismo como el positivismo, además del surgimiento de la ciencia social y de avances de otras ciencias positivas como la psicología experimental, la biología, la medicina o la química.

Así, especialmente en Europa se fue conformando una actitud de “militancia racionalista”, con la creación de múltiples organizaciones orientadas explícitamente a defender y divulgar dicho pensamiento, al tiempo que surgieron polémicas respecto del significado de librepensamiento y de los ideales y criterios que auténticamente le corresponden. De ese modo, al concepto primario se le han ido asociando rasgos y características tales como el racionalismo, el empirismo, el laicismo, el ateísmo, el deísmo, el materialismo, el escepticismo, el libertarismo, entre otros, y muchos movimientos e ideales han reclamado esta denominación.

En consecuencia, lo característico del librepensamiento es la forma en la que justifica y

“ *Tolerar no significa renunciar a las propias convicciones, sino defenderlas y difundirlas sin por ello ser censurados y amenazados por los autoritarismos.* ”

sostiene las ideas que se tienen, y no tanto cuáles sean tales ideas. La condición mínima de la forma de pensamiento libre es que las creencias no se mantengan por la autoridad, por la tradición o por pasiones. Podemos, pues, concluir que el sentido amplio de librepensamiento, la oposición a cualquier dogmatismo, se ha ido complementando con distintos rasgos en los distintos contextos históricos, tanto en lo que respecta a su circunstancia social como en lo relativo a las sucesivas corrientes de pensamiento.

Por otra parte, la tolerancia surgió como concepto durante los siglos XIV al XVI para anteponerse a las reiteradas persecuciones religiosas que tenían lugar principalmente en Europa. Más tarde, en el siglo XVII se constituyó en un concepto jurídico relacionado con la autodeterminación personal, y durante los siglos XVIII al XX evolucionó, junto con los principios de Libertad e Igualdad, para convertirse en uno de los valores constitutivos del proyecto político de la modernidad.

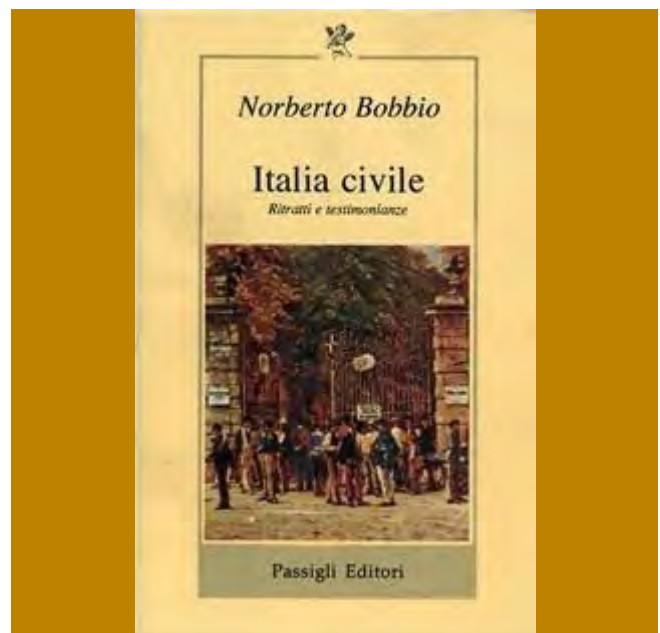
Desde entonces, la tolerancia ha buscado sustituir la violencia física o verbal por la persuasión y el diálogo como método para resolver controversias. Tolerar no significa renunciar a las propias convicciones, sino defenderlas y difundirlas sin por ello ser censurados y amenazados por los autoritarismos.

Aspectos muy relevantes en estas definiciones refieren, por ejemplo, a cuáles son los límites de la tolerancia en una democracia moderna. O si pueden justificarse la represión, la censura y la persecución como herramientas para supuestamente resguardar la democracia. Asimismo, siendo la tolerancia uno de los valores fundamentales de los regímenes democráticos, es lógico

preguntarse si las ideas que amenazan dichos fundamentos deben ser también toleradas.

Es en circunstancias como esas en las que la tolerancia puede encontrarse de manera virtuosa con el librepensamiento, toda vez que siendo esta la voluntad para soportar ideas y grupos de personas con las que no se está de acuerdo, son también un punto de controversia en el debate aquellas distintas inclinaciones que en el ámbito de la libertad de conciencia se pueden generar en la ciudadanía. Esa es, por tanto, una discusión legítima sobre los límites de las libertades políticas individuales.

Enfrentado a esta disyuntiva, el filósofo italiano de la política Norberto Bobbio escribió: “He aprendido a respetar las ideas de los otros, a detenerme frente al secreto de cada conciencia, a entender antes de discutir y a discutir antes de condenar. Y porque estoy en vena de confesiones, hago una última, quizá superflua: detesto a los fanáticos con toda mi alma”.




“ La intolerancia se apoya en teorías conspiratorias que involucran estrategias y estilos organizativos, objetivos y finalidades, ideologías y doctrinas. ”

Y en un contexto de conflictividad que se observa en muchos lugares del mundo, en que se elevan los niveles de intolerancia y se fortalecen los prejuicios, los estigmas y las exclusiones, surgen también culturas de odio, rechazo, censura y discriminación. Lamentablemente, los intolerantes aparentemente están ganando las batallas al incrementar su poder movilizador de grandes grupos sociales y reclutar numerosos adeptos.

La intolerancia se apoya en teorías conspiratorias que involucran estrategias y estilos organizativos, objetivos y finalidades, ideologías y doctrinas. Es una construcción elitista y cultural que considera determinante una preeminencia social, genética o material de unos grupos sobre otros. Claro y actual ejemplo es el uso por sectores de la sociedad que se da a las “redes sociales” – que en muchos casos postulan ideas claramente disociadoras–, entre las que una de las más intolerantes es la “cultura de la cancelación”, fenómeno por el cual, de manera anónima y artera, se retira el apoyo moral, financiero, digital e incluso social

a personas u organizaciones que se consideran inadmisibles por sus comentarios o acciones, independiente de la veracidad o falsedad de estos.

La tolerancia, en cambio, se sostiene en la igualdad democrática, porque en una sociedad tolerante lo respetado son las ideas y las creencias, pero también y sobre todo, las personas mismas. Además, representa un proyecto de laicización porque invita a pensar libremente sin las ataduras que produce el miedo servil frente al poderoso. Cuando la tolerancia transitó de la moral a la política impuso a los ciudadanos un código de conducta civil para crear el buen gobierno o gobierno de las leyes, distinguiéndolo del mal gobierno o gobierno de los individuos.

Es indispensable hacer ver, una y otra vez, que si el librepensamiento y la democracia asumieron a la tolerancia como un valor esencial de la convivencia humana, es porque reconocen en ella su capacidad para resolver adecuadamente los diferentes conflictos individuales y colectivos que naturalmente existen en las sociedades. 

Bibliografía

- Ferrater Mora, J. (2004). *Diccionario de Filosofía*. Barcelona, Ariel.
- Kant, I. (2013). *¿Qué es la Ilustración?, y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*. Madrid, Alianza.
- Cisneros, Isidro (2005) *Formas modernas de la intolerancia. De la discriminación al genocidio*. México, Oceano.
- Bobbio, Norberto (1986) *Italia civile*. Florencia, Passigli.
- Villacís, Carlos - El concepto de librepensamiento. ¿Quiénes son los librepensadores? – 11 abril, 2018 15840 0
- Collins, Anthony (1713) *Discurso sobre el Librepensamiento ocasionado por el surgimiento y crecimiento de una secta llamada librepensadores (Discourse of Freethinking Occasioned by the Rise and Growth of a Sect Called Freethinkers)*.



La figura del librepensador



Por Antonio Vargas Rojas*

La intención de este artículo es delinear la figura del librepensador con el propósito de acercarnos mediante un análisis conceptual al perfil de quién es denominado bajo dicho término, término ligado entre libertad y pensamiento. Dicha situación nos obliga, de paso, a preguntarnos por la cosa a la que apunta esta palabra, si solo es una cuestión de palabras cuando nos movemos desde ellas a la realidad, mientras el objeto no está por ninguna parte.

Es común encontrar en ciertos ámbitos la tendencia de unir las palabras, ligar unas con otras y, como remate, escucharlos en las noticias del día. Familiarizados con términos tales como: narcoterrorista, anarcoecologismo, subdesarrollo, ciberseguridad y tantas otras, que inducen la apariencia de que es un ejercicio simple unir unos términos con otros. Pero la complejidad comienza

cuando nos damos a la tarea de averiguar si existe el sujeto ligado o referido. ¿Y cómo existe? No vaya a sorprendernos que estamos aceptando cosas dispares sin tener de base la razón.

Obstáculos en su definición

Abrirse paso con el fin de delimitar los alcances de un término, un concepto o una palabra, para que desde ese punto transite libremente el pensamiento bajo la protección de un vocabulario común, filosóficamente probado, no es de ninguna manera una tarea fácil. En relación con el concepto que nos interesa, encuentro la siguiente opinión: “Los límites del concepto estricto no pueden ser tomados de forma absolutamente rígida, puesto que no se trata de la asunción de un programa

* Profesor. Magister en Filosofía con mención en Epistemología, Universidad de Chile. Autor del libro Filosofía en retroceso.

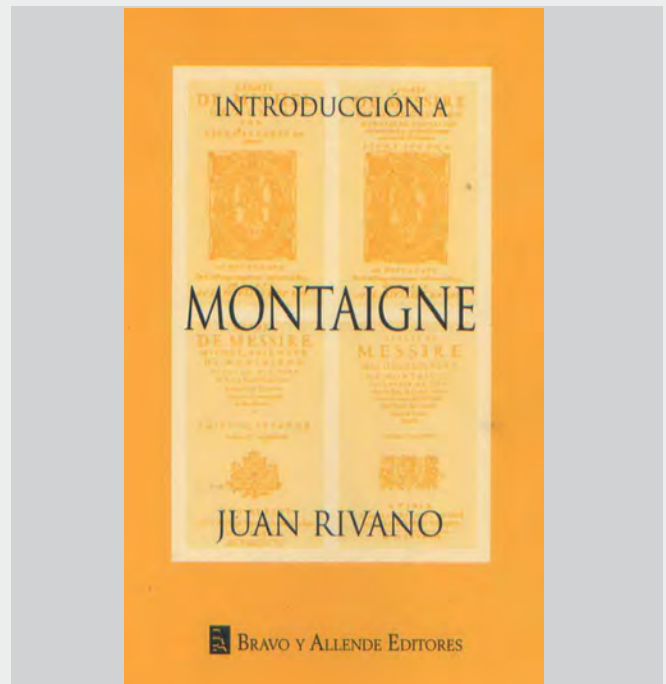


intelectual unívoco y no se tenían que compartir todas las posiciones. Además, otras figuras afines a tales ideales también podrían ser incluidas en el librepensamiento y por lo tanto el de librepensador, a pesar de que el término no se haya usado explícitamente en relación con ellos. En Francia se usaron epítetos tales como “*racionales*” (en contraposición a los religionarios) o *esprits forts*. Sin embargo, no se puede dejar al margen a los llamados “*libertinos*” que entendieron el libertinaje como el rechazo a cualquier coacción religiosa o moral. El término tenía una connotación peyorativa, por lo que, tratándose de un libertinaje intelectual, empezaron a adoptar denominaciones como “*libertinos teóricos*” o, entre los siglos XVII y XVIII, “*filósofos*” (*philosophes*) y directamente librepensadores. Esta tradición de libertinaje filosófico es de origen francés y se suele restringir (asumiendo, claro está muchos antecedentes) a ciertos grupos y épocas como aquellos autores franceses cuya herencia intelectual se encontraba principalmente en Montaigne, en Charron y en el pensamiento escéptico neopirrónico”¹.

Lo anterior es una problemática que se presenta desde los comienzos de la filosofía y en toda materia en la que subyacen diferentes puntos de vistas, todos ellos legítimos y posibles de rechazar o defender. Así, moviéndose entre mis manos encuentro el término: **librepensador**, y pareciera que basta escucharlo para entender sus límites y manifestación, para entender sus propiedades o características, para entenderlo como tal, es decir, para entenderlo como fenómeno. Lo anterior demanda un esfuerzo en nuestra investigación, ya que debemos buscar cuales son los criterios que nos darán la claves para denominar librepensador a un libre pensador, si a un autor, a un intelectual es posible catalogarlo o definirlo, ya que el ejercicio del librepensamiento no se adscribe a un movimiento, a una tendencia en particular, a una doctrina o a una escuela determinada.

Aquello se acerca a la respuesta que una vez dio Noam Chomsky a una periodista que le pedía una explicación acerca de su posición intelectual, a lo que el lingüista dijo: “Tomo posición problema”.

También algo parecido encontramos en el filósofo Juan Rivano, en su libro *Introducción a Montaigne* donde, a propósito de esto, y en el caso de Montaigne, dice: “Pienso que el criterio para estar de acuerdo sobre si un autor pertenece o no a una escuela, doctrina o religión consiste en considerar aquello de lo que trata y cómo lo trata. Desde luego, hay casos en que un autor no escribe de nada que tenga que ver con sus postulaciones doctrinarias o religiosas, en tal caso, vamos a buscar certificaciones a otra parte. También puede ocurrir que mientras en sus escritos un autor nos dice que pertenece a tal corriente de doctrina, leyéndolo no encontramos allí nada que indique que lo que afirma sobre tal pertenencia sea en efecto así”.



En efecto, al revisar algunos de los personajes que son considerados librepensadores nos encontramos con diferencias y también con el empeño de formar una unidad de pensamiento alrededor de dicho concepto. Es así que rescato algunas afirmaciones que sostienen: “Un librepensador es una persona que sostiene que las posiciones referentes a la verdad deben formarse sobre la base de la **lógica, la razón y el empirismo** en lugar de la autoridad, la tradición, la revelación o algún dogma en particular”².

1 Villacís, Carlos. El concepto de libre pensamiento. Academiaplay.es Abril 2018

2 Villacís, Carlos. El concepto de libre pensamiento. Academiaplay.es Abril 2018

En gran medida las condiciones antes mencionadas apuntan al librepensamiento y particularmente al comportamiento intelectual del librepensador. Sin embargo conllevan también un riesgo ya que podría haber –y de hecho los hay– pensadores y/o científicos que reúnen dichas condiciones y profesan alguna religión o bien, como decíamos anteriormente, son indiferentes al tema del librepensamiento y de saber acerca de cómo se define o caracteriza un librepensador. ¿Cómo, entonces, se decide si un intelectual pertenece a una corriente determinada o a una religión determinada? ¿Uno es, por ejemplo, integrante de un particular partido político o de una particular religión porque cumple con ciertas formalidades? Volviendo a Rivano y su libro sobre Montaigne, en uno de sus pasajes encontramos lo siguiente. “Creo que fue Bertrand Russell quién a la pregunta de si era positivista respondió: ‘Supongo que sí’. Uno no es positivista así como así. O cristiano. Pedro, el apóstol, se encontró a la primera prueba con que pretendía ser algo sin mucha idea de ello. A muchos les ocurre lo mismo”. Súmese a esto el carácter político del término ‘librepensamiento’, el que –utilizado en gran parte solo como astucia política o como propaganda política– es infaltable en toda declaración, más aún si esta se declara nueva con vistas a cambiar estructuras viejas que, por antiguas, se volvieron obsoletas.

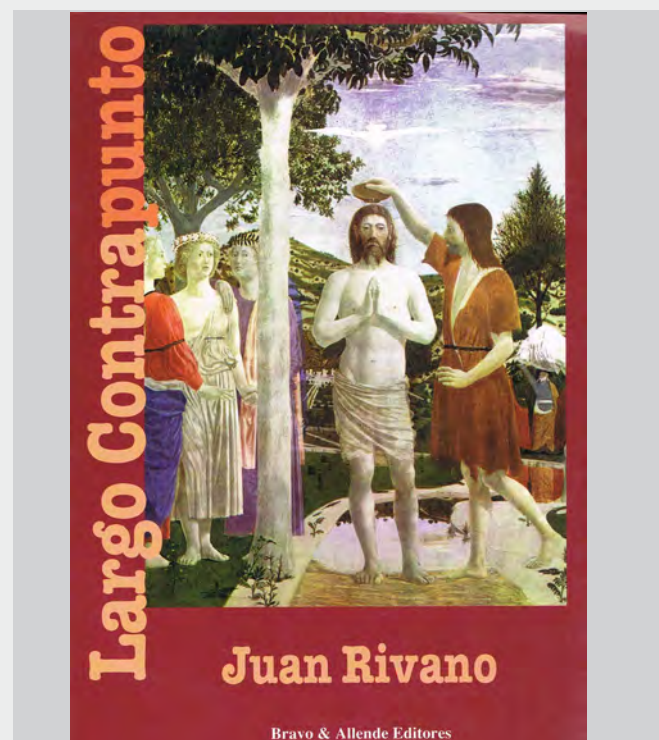
Una opción legítima de su definición

Pareciera que con el término de librepensamiento nos ocurre lo que muy a menudo ocurre: que nos encontramos, como decíamos anteriormente, con más de un punto de vista ante la pretensión abierta y clara de establecer una única definición dejando fuera las restantes. Algo que recuerda el diálogo platónico *Menón* en el que se busca el concepto universal de virtud. Frente a lo que se responde que antes de saber qué es aquello sobre lo que se indaga hay una postura legítima mediante la que también podemos apoderarnos de las cosas conociendo los modos, cualidades o características de algo, antes de preocuparnos del cuidado de

definirla. Sobre estas dos posiciones Juan Rivano, en su estudio crítico del *Menón*, afirma: “Podemos aclarar este contraste considerando dos actitudes frente al problema de la definición. La de quienes entienden que algo se define *en uso*, es decir, en el marco de sus funciones y relaciones o en el proceso mismo de su efectividad...el contraste entre Menón averiguando cómo se adquiere la virtud y Sócrates rechazando que pueda que pueda averiguarse nada como esto mientras no se sepa qué es la virtud”.

Frente a la confrontación de esas dos actitudes metodológicas, lógicas y gnoseológicas que están en juego respecto del problema de establecer todo un camino cuando de la construcción de la definición se trata, nos ponemos en la postura de un Menón, es decir, en las cualidades o modos que están presentes cuando hablamos del librepensamiento, y que se concretiza en el actuar intelectual del hombre que puede denominarse librepensador.

Dos características presentes en el libre pensador



Hay dos principios intelectuales que –como afluentes– pensamos deben estar presentes en el librepensador y que, de manera completa, explica Rivano en su libro *Largo Contrapunto*. Me refiero a su capacidad o, más bien, a su destreza de ver cuál es la coherencia de las razones –si es que las hay– que están presentes en los opuestos de toda oposición, puesto que tiene conciencia crítica de hasta donde puede desligar. El pensador libre es experto de lo separable y sabe también cuándo no se puede separar. A la vista del librepensador están unos tratando de desligar lo que está ligado y otros ligando lo que sus oponentes ni por todo el oro del mundo podrían desligar. Y en segunda instancia aquel hábito que se refiere tener siempre presente

el reverso de lo anverso y que nos enseñan ver el mundo de modo más completo. El librepensador no es hombre del anverso sin reverso como es la mayoría, olvidándose las más de las veces del lado tramposo de las relaciones humanas que, en cualquier nivel, comúnmente busca sacar ventaja de los negocios en que el poder se despliega. Con dichas características el librepensador no acepta nada a priori, su mente reacciona con un constante filtro por el que examina cada una de las aseveraciones o cadenas de razones, transformándose para muchos en un gran impertinente y que, apenas se descuide, verá el costo que debe pagar por ser auténtico. Amenaza que Sócrates la tenía muy presente y que terminó con su vida. 🔥

Bibliografía

Rivano, Juan: *Una lectura crítica del diálogo Menón de Platón*, 1973




Rivano, Juan: *Largo contrapunto*, 1995

Rivano, Juan: *Introducción a Montaigne*, 2000

Russell Bertrand: *El pensamiento libre*, Paper Internet Mauricio José Schwarz, 2016

Concepto de Librepensamiento: Paper Internet Carlos Villacís, 2018

 **INICIATIVA
LAICISTA**
necesita tu ayuda

-  No está adscrita a ningún partido político
-  Sus redactores trabajan ad-honorem
-  No persigue fines de lucro

Somos la voz más importante del laicismo en nuestro país



Colabora con \$5.000 mensuales en
www.iniciativalaicista.cl



“La tolerancia es vital para construir espacios de convivencia”



Entrevista al escritor Jorge Calvo

Nacido en 1952 en Santiago, Jorge Calvo es autor de tres volúmenes de cuentos y tres novelas: *La partida* (1991, 2ª edición en 2013), *Ciudad de fin de los tiempos* (2010) y *El viejo que subió un peldaño* (2015) y *Sin ti mi cama es ancha* (2020). Este último relato, que cuenta la historia de un grupo de intelectuales latinoamericanos en una pequeña ciudad en el extremo sur de Suecia donde viven su destierro mientras dictaduras violentas afligen sus países, contiene muchos aspectos autobiográficos. Como lo expresa Bernardo González Koppmann: “Su lenguaje narrativo posee algunos rasgos que la distinguen claramente entre la narrativa de sus pares generacionales, sea por el temple decantado, sereno y reflexivo de sus protagonistas, así como por abordar la difícil temática existencial, llámese ésta vejez, desamor o exilio, desmitificando algunos tópicos que el lector irá descubriendo en la medida que se interne en sus obras”. (cactuscultural.cl, 8 de nov. de 2020) Jorge Calvo recibió numerosos premios por sus cuentos desde la adolescencia, forma parte actualmente de los escritores chilenos más valorados y recientemente se incorporó al directorio de SECH.



IL.- Jorge Calvo, este número de *Iniciativa Laicista* se enfoca en la tolerancia. ¿Cómo se combina con la idea de libertad de pensar, o sea, lo que queremos hacer con lo que debemos hacer?

JC.- Me parece un tema no solo interesante sino clave y creo que en este sentido apuntaba Sartre cuando hablaba de las circunstancias, esas condiciones específicas en que nos toca existir y que limitan como rieles o riendas o camisa de fuerza el campo de lo posible. El terreno de la libertad para soñar carece de límites y puede abarcar desde la fantasía hasta la locura, no obstante, el espacio de la acción, de aquello que resulta posible es bastante más breve. Y es ahí donde debemos actuar intentando hacer siempre lo correcto, aquello que es ético y que nos impone el criterio de buscar eso, no lo que sea mejor para mí en un sentido egoísta y material, sino aquello que va en beneficio de todos. Por lo pronto me interesa muchísimo que la mayor cantidad de seres tenga acceso al libro y a la lectura, ya que ésta es la única actividad que permite cerrar el proceso que se inicia cuando yo comienzo a escribir. Es el otro extremo del puente y sin esos lectores no se existe como escritor.

IL.- ¿Cómo se evalúa la tolerancia o la intolerancia, según sea el caso, en la diversidad de las relaciones interpersonales?

JC.- La tolerancia y la intolerancia son, en el fondo, un ejercicio de humildad y consisten en descubrir que no se puede imponer a cualquier precio la voluntad personal para obtener aquello que satisface la propia necesidad, por encima de las necesidades del otro –o el prójimo. La tolerancia es vital para construir espacios de convivencia y la intolerancia conduce inevitablemente a la exclusión y la represión. ¿De dónde nace la idea de que solo lo que yo pienso es verdadero y es lo que se debe imponer? ¿Podemos reconocer y aceptar el derecho de los otros a expresar lo que piensan? Aquí me encuentro con Voltaire: “Aunque no estoy de acuerdo con tus ideas defendería con mi vida tu derecho a expresarlas”. La gran tarea es dominar el ego, nada gana si deseo ir a la costa y el vehículo me conduce a la montaña. Y aprender a establecer consensos en función del bien común.

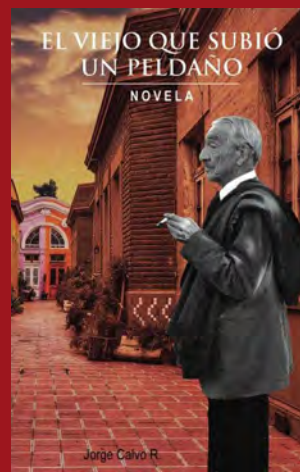
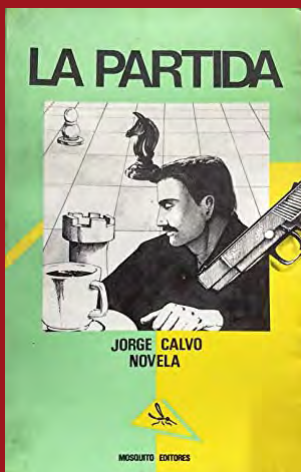
IL.- Considerando la evolución del ser humano y los hechos que marcan el mundo en este momento, ¿le parece que el concepto de laicismo está más claro ahora que un siglo atrás?

JC.- En este sentido existe alguna discrepancia puesto que hoy mucha gente tiende a considerar el adelanto tecnológico como una evolución del ser humano, en consecuencia de que, una verdadera evolución humana debería medirse por el trato que las personas se dan entre ellas. Si pienso que el desarrollo de la condición humana y el conocimiento que tanto la mujer como el hombre han obtenido les permite una mayor libertad personal y no necesitan dejar sus decisiones en manos de poderes desconocidos que se ejercen desde la oscuridad. Solo pongo como ejemplo de esto que hoy El Papa, al retirarse de su visita a Canadá, dio un discurso en que reveló que no descarta la posibilidad de renunciar a su cargo.

IL.- ¿La temática de la producción literaria cambió con dos años y medio de pandemia?

JC.- Pienso que sí y poderosamente. Me ha tocado ser jurado en varios concursos literarios, hoy mismo acabo de fallar uno con muchísimos cuentos, y si bien en varios de ellos se observa como telón de fondo el Covid, lo que más destaca –diría yo– en el 80 %, es una fuerte temática donde predomina con fuerza la denuncia del abuso y el mal trato a la mujer (desde prohibiciones, golpes y humillaciones, hasta violaciones) y temas relacionados con la homosexualidad, transgeneridad y libertad sexual. Es evidente que se viene una avalancha o un tsunami con temas largamente postergados o considerados tabú anteriormente. Y se observa con alegría un retroceso de toda esa literatura light o políticamente correcta destinada solo a una entretención vacía y al olvido...





IL.- ¿Cómo visualiza usted el auge de las publicaciones virtuales en relación con la producción en papel?

JC.- Pienso que ese es otro tema que ingresa muy fuerte, en especial si se considera que las nuevas generaciones nacen vinculadas estrechamente al mundo digital y por tanto son muy familiares con esos procesos. Durante la pandemia quedó en evidencia que las librerías desplomaron sus ventas y las ventas virtuales se encumbraron.

IL.- ¿Cómo definiría su evolución de novelista, desde *La partida* hasta *Sin ti mi cama es ancha*?

JC.- La partida fue mi primera novela, publicada en 1991, inmediatamente al fin de la dictadura y está ambientada en el año 1974, se sitúa en el momento más duro de la faena represiva y busca dejar una visión de aquel sórdido periodo, en que lo más significativo era tomar la temperatura a la epidermis de la sociedad chilena ¿Hasta qué extremo seríamos capaces de llegar? Muchísimos de mis cuentos, como *No queda tiempo* y *Fin de la inocencia* (Premio Municipalidad de Santiago 2004) tratan de aquellas vivencias, inclusive otra novela, *El viejo que subió un peldaño*, mira el mismo periodo, pero desde la música, busca rescatar el ánimo resiliente, la esperanza, la mirada al futuro. Y en *Sin ti mi cama es ancha*, mi más reciente novela, se aborda el tema del exilio, no obstante, lo hace desde la perspectiva de un ser que se considera exiliado de la vida misma, lo que este personaje busca es reintegrarse a la colectividad humana, ser uno más, vivir el amor...

IL.- Usted también dedica mucho tiempo a sus talleres de cuentos. ¿Qué consejos podría dar a las personas adultas que quieren aprender a escribir historias?

JC.- Eso me resulta fascinante, escribir es como volver a visitar aquellos momentos y/o episodios que nos marcaron fuertemente y no se han podido olvidar. Al escribir uno regresa sobre ellos y los observa desde un punto de vista diferente, los recrea, los modifica y los ve gradualmente cambiar de significado y también uno recupera la voz que tenía entonces, en aquel periodo, y que en esa experiencia se quedó atrapado y ha permanecido cautivo. Volver a reconstruir todo aquello por escrito es liberarse, volver a fluir, en esas imágenes las emociones, los pensamientos, dar un paso adelante. No solo es el futuro el que cambia, también cambia el pasado. La realidad completa está permanentemente modificándose, depende de nuestro punto de vista. En eso consiste la magia de estar vivo.

IL.- Cómo escritor, ¿qué proyectos tiene para su futuro? ¿Alguna novela en camino?

JC.- Si, muchísimos proyectos, de momento trabajo en una novela que se llama *Secreto en Arles* y se inicia con un encuentro de Van Gogh con la Mona Lisa. La novela salta en el tiempo y en la historia y en ella se entretajan una serie de episodios relacionados con el hurto del famoso cuadro del Louvre, pintores y artistas, falsificaciones, estafas a millonarios y estremecedoras revelaciones en el lecho de muerte. Cada aspecto se basa



“ *La atmósfera, el ambiente que ahí reinaba me sobrecogió; silencio absoluto, seres concentrados, una actitud casi religiosa en los espectadores. Comencé a frecuentar el lugar, conocí gente, me volví adicto. Aprendí a mover los trebejos. No vendí los libros y muy pronto estuve jugando torneos* ”



en sucesos reales y he leído e investigado mucho para escribirla.


IL.- En las redes sociales aparecen a veces fotos tuyas jugando al ajedrez: ¿dónde nace esta pasión y que representa el ajedrez en su vida?

JC.- Representa un aspecto muy significativo de mi vida, y como la mayoría de las cosas, todo se inicia en estado de inocencia. Para una navidad, tenía unos doce años, recibí un tablero de ajedrez, pero en mi entorno nadie sabía jugar y me costó muchísimo encontrar gente que me enseñara. Sucede que yo era bueno para las matemáticas y en aquel tiempo tenía un profesor, el Sr. Olivares, que me jugaba las notas de las pruebas al ajedrez. Tres años más tarde, mi padrino me obsequió unos libros de ajedrez en francés que un estudiante extranjero había dejado en su casa. Yo, buscando dónde venderlos, llegué al Club de Ajedrez de Chile, situado en el entresuelo de un edificio en la esquina de calle Serrano con Alameda. En aquel momento era el único club en Santiago. Llegué a la serie de Honor del Club, luego gané torneos universitarios. Yo estudié en la UTE y jugábamos anualmente una Olimpiada contra la Federación Santa María, y luego, en una empresa donde trabajaba, ganamos varios torneos laborales que aparecieron en la prensa de la época. Luego en Suecia, el ajedrez fue un lenguaje, gracias a ese juego-arte-ciencia ingresé a clubes y pude jugar, hacer amigos y ganar un sitio social solo jugando ajedrez, sin hablar aun el idioma. A veces con amigos salíamos a recorrer cafeterías, bares, comedores de trenes y nos

poníamos a jugar ajedrez; muy pronto se armó un ruedo de personas mirando y sumándose al carrusel de ingresar a jugar. El ajedrez fue para mí un lenguaje, pero también fue una escuela que me enseñó el valor del cálculo, a evaluar opciones y decidir cursos de acción, también me enseñó la determinación y sobre todo me introdujo en el análisis de lo abstracto: muchas veces las variantes que un ajedrecista analiza en su mente no llegan a materializarse sobre el tablero, solo existen en su mente, jamás encarnan, pero son invisibles. El ajedrez me enseñó el arte de ver lo invisible, lo que tiene mucho que ver con el arte, y un lenguaje para comunicarme con seres humanos de cualquier idioma. En mi primera novela, *La partida*, lo despliego como una metáfora de la crisis y el conflicto que sacude a la sociedad chilena.

IL.- Cómo parte del directorio de la SECH, ¿tiene algún proyecto que le interese compartir ahora con los lectores de esta entrevista?

JC.- Bueno, existen varias ideas y proyectos en marcha, de momento lo que más nos motiva es contribuir a estimular la lectura y recuperar en los lectores el amor por los libros; queremos fortalecer ese vínculo que es casi afectivo, amamos los libros. Y otro aspecto que nos mueve es la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado que se cumplen en el 2023.

Entrevistó: Sylvie Moulin. 



Martín Buber y Zygmunt Bauman: una apuesta por el diálogo para generar utopía



Por Miguel Ángel Arredondo Jeldes*

*“Qué tal si deliramos por un ratito qué tal si clavamos los ojos
más allá de la infamia para adivinar otro mundo posible...”
Eduardo Galeano.*

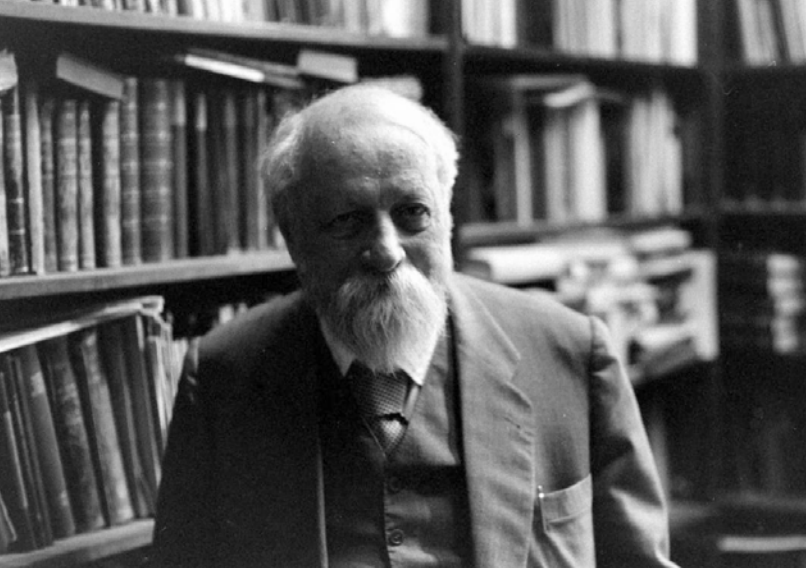
Martin Buber y Zygmunt Bauman son autores que siempre están presentes en el pensamiento actual. Entregando luces y orientaciones en esta sociedad del no-diálogo y liquidez que estamos viviendo. Ahora bien, lo interesante de ambos autores es que no se quedan

meramente en el diagnóstico, sino que proponen una nueva forma de relacionarse entre sí, con los demás y con la naturaleza.

Sin lugar a dudas el sueño de una sociedad idealizada ha estado presente en sus escritos.

* Doctor en Educación en Investigación Educativa, Atlantic International University





Siguiendo el pensamiento, de muchísimos autores que han plasmado aquella posibilidad de que otro mundo es posible.

Sabemos que esta idealización no solo ha estado presente en lo político, social, religioso, económico y cultural.¹ Aunque técnicamente se puede decir que con Tomás Moro² se inicia el género de la utopía, con su famoso texto la isla de la Utopía. A partir de este texto se va iniciar una serie de reflexiones en torno del término que va ayudar a movilizar a movimientos sociales, políticos y religiosos a replantearse el aporte de este concepto a

1 Es cierto, que hay muchos escritos. Uno de los primeros pensadores es Platón en sus diálogos sobre la *República*, donde explica detalladamente cómo será esta sociedad basada en la justicia y que será gobernada por los sabios, los filósofos. También San Agustín describe la “Ciudad de Dios” la que será gobernada a partir de los preceptos cristianos de amor, paz y justicia. Posteriormente, surge en la Edad Media la famosa leyenda del país de Jauja o Cucaña, donde sus ríos eran de vino y leche, las montañas de queso y los árboles de carne asada. O el famoso “El Dorado”, donde conquistadores llegarían para buscar aquella ciudad construida en oro

2 Tomás Moro, *Utopía* (2011). Traducción y notas: Roberto Esquerra. Consorcio del Círculo de Bellas Artes, Madrid. Este libro, tiene una excelente introducción de Raymond Trousson, que ayuda a la lectura del Texto. Es interesante que Raymond nos pone en la profundización de la propuesta de Tomás Moro, en que no es solo la descripción del gobierno de la isla, sino por qué es necesario generar una nueva sociedad basada en la justicia. A igual que la introducción, las notas, son de un aparato crítico que nos hace tener una visión histórica, social y política de lo que va describiendo Tomás Moro.

su sentido de vida social.³ Aunque, se deja en claro que en esta reflexión no se analizará el concepto desde un contexto ideológico, social o político que está sumamente trabajado en el campo social y político.⁴ Simplemente esta reflexión busca revalorizar el concepto de utopía en dos autores que han marcado y siguen marcando el pensamiento social, político y cultural en esta posmodernidad que hemos comenzado a vivir.

3 Sin lugar a dudas el espacio geográfico de mayor intensidad del concepto de utopía es América Latina, no solo en el pensamiento, sino que juega un papel político y cultural. Para mayor profundización, se sugiere entre uno de los tantos textos a Eduardo Devés V (2000). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*. Tomo I Del Ariel de Rodó a la Cepal. (1900-1950); Eduardo Devés V. (2003) *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX*. Tomo II. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990). Editorial Biblos-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago. En estos dos tomos encontramos el pensamiento utópico latinoamericano del siglo XX. En la literatura, encontramos a Mario Vargas Llosa (1996): *La utopía arcaica*. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo. Fondo de la Cultura Económica. México. Véase, también *La Historia de Mayta* (1984), Editorial Seix Barral; *La Guerra del Fin de Mundo*. (1988) Editorial Seix Barral. En estos tres textos releva Vargas Llosa la importancia de la utopía ya sea en lo político como en lo religioso.

4 Es cierto que el concepto tiene sus detractores como sus seguidores y ambos se quedan por analizar sus vertientes ideológicas y teóricas y muy pocos desarrollan prácticas de utopías realizadas. En el fondo que la utopía es un sueño nadie lo niega; sin embargo, nos encontramos con experiencias en nuestra Latinoamérica de utopías realizadas, como las reducciones jesuitas en Paraguay, o el movimiento social comentado en la guerra del fin del mundo por Vargas Llosa o algo que todavía está escondido pero que contiene un sentido de utopía realizada es lo que está realizando el movimiento zapatista en Chiapas.





Martin Buber y Zygmunt Bauman⁵ retoman el concepto de utopía, aunque dejamos en claro que este concepto no ha sido un concepto eje en sus pensamientos. Si bien no es uno de los conceptos ejes, para Buber en su propuesta de diálogo está de alguna forma presente el concepto de utopía, ya que el diálogo construye utopía y lo hace junto a otros. Para Bauman, el concepto de liquidez no se diluye en su propia liquidez, sino que tiene una llegada o un sentido, es decir todo río llega a un océano. Es cierto, que tanto Buber como Bauman están separados por contextos, tiempos, ideas y miradas. Buber centra su concepción de utopía desde una visión histórica donde su énfasis está en los socialismos⁶. Aún más, su propuesta siempre va estar en la búsqueda de la unidad entre

5 Toda la producción intelectual de Buber está basada en la reflexión teológica judía y desde esas bases hace su reflexión. En cambio, la reflexión de Bauman parte desde las disciplinas sociales y desde ahí hace su reflexión. Por ejemplo, en el texto sobre holocausto, su reflexión no emerge sobre la mirada teológica sino desde el concepto ideológico de la modernidad.

6 Véase el libro *Caminos de utopía* de Martín Buber: entrega una reflexión sobre su estrategia de comunidades libres, con carisma casi anarquista, proponiendo cooperativas tipo comunas como núcleo de un tejido estructurado, que sea base humana y material para un nuevo mundo utópico.. La cooperativas de producción agrícola llamadas kibutz han sido un pilar real para la emigración judía y la formación del nuevo país. En ese sentido, este autor fue un participante práctico y un entusiasta, aunque cuidadoso crítico y auto-crítico que insistió para evitar injusticias sobre la población árabe. En este texto, encontramos la visión más social del filósofo y sus aplicaciones prácticas, por lo que el análisis estará centrado en la cuestión de las cooperativas y su efecto en el reparto del poder y la sociedad. Otro aspecto de interés es su balance de la experiencia marxista, leninista, estalinista y propiamente utópica con un gran conocimiento de causa y demostrando respeto por lo acontecido previamente.

socialismo, comunidad y religión. En cambio, Bauman ve cómo esos sueños planteados por Buber se han hecho trizas en la liquidez de la sociedad que se vive actualmente.

Vivimos en el consumismo⁷ que nos consume y que puede ser un obstáculo para repensar la utopía. Además, de los fracasos de los socialismos estatales que, de alguna manera, limita el pensar y caminar hacia una historia de una sociedad idealizada. Más allá de estas realidades, la utopía estuvo atrapada y monopolizada en pensamientos marxistas, socialistas y repensar el concepto nos invita a remirar y liberar a la utopía de dichos pensamientos y realidades.

De ahí que esta reflexión busca generar una actitud de la posibilidad del cambio propuesto por Buber a través del diálogo como construcción de realidades y mundos, donde los otros juegan un papel central en la construcción⁸. Bauman, no se queda en la liquidez cómo única alternativa, sino que revaloriza la acción, como un concepto propio del judaísmo⁹.

7 Esta frase nos remite a una reflexión planteada por Lipovestky, en sus textos que nos remite que más allá de consumir nos impone una cultura del tener por el tener y todo nuestro sistema de relaciones se transforma en el consumir por consumir. Es decir, el hombre vive, siente y piensa en consumir y por lo tanto todo está dispuesto para lograr ese sentido. Lo complejo que esta realidad líquida, consumista e idealista de alguna manera nos pone en emergencia en pensar una forma distinta de crear sociedad. (Veáse Gilles Lipovestky (2010) *La felicidad paradójica*, Anagrama. España)

8 En homenaje a Martin Buber (1965) Federación Sionista Chile. “ ...El espíritu se haya repartido en chispas por todas las vidas, estalla en llamas en la vida de lo que la llevan más intensa y , a veces en algún lugar se levanta un gran incendio espiritual...” (p.31) En otras páginas el texto nos dice: “... Buber no tiene recetas para el individuo, ya sea por impotencia generada por la falta de recursos para disipar todos los misterios o por mero desaliento, tan explicable en hombres de su pueblo y su generación. Pero sí las tiene para la sociedad humana. Sus conceptos sociales, su postulado de una colectividad en que el diálogo del hombre con el hombre conjugue con respeto y libertad y a la dignidad del individuo, y por un socialismo integrado en núcleos pequeños de seres unidos por una vida en común...”(p.27)

9 Zygmunt Bauman (2008) *dixit Zygmunt Bauman*. Editorial Kast. Buenos Aires. Nos dice : “Muchas culturas: ésa es la realidad. Una sola humanidad es un destino, un propósito.

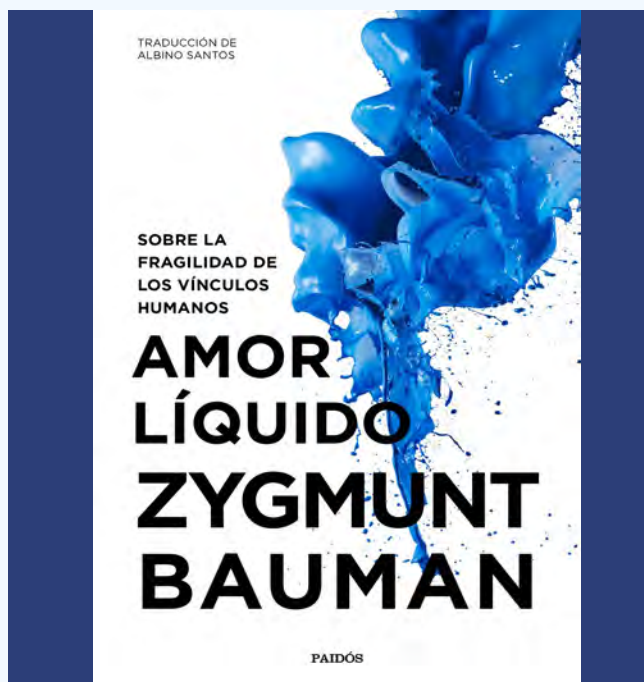


Las ideas planteadas por estos filósofos apuntan a alcanzar una nueva forma de utopía en estos tiempos de emergencia. Ellos van claramente en la búsqueda de una responsabilidad que implica accionar en lo individual y colectivo, enfatizando ambos, pues no se puede solo vivir de lo colectivo sino hay un sentido individual.

Estos autores cobran relevancia ya que, en Chile, al igual que en muchos otros países de Occidente, vivimos inmersos en una época de crisis de la modernidad, caracterizada por el consumismo, el individualismo y rodeados de vínculos que se tornan precarios y desechables. Dado el diagnóstico señalado por nuestros autores en torno de las preguntas de si es posible encontrar una salida desde la utopía en estos tiempos de emergencia, a mi manera visualizo que la utopía ejerce un encanto para conformar un diálogo.

Bauman plantea en su texto *Amor Líquido* cómo en la actualidad vivimos en una modernidad líquida que puede ser entendida como una categoría sociológica, como figura del cambio, de lo transitorio. De esta manera, la metáfora de la liquidez se relaciona con la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y privatizada, marcada por el carácter transitorio y volátil de sus relaciones. En este sentido, el autor plantea que incluso el amor se hace flotante, sin que tengamos responsabilidad hacia el otro, reduciendo el vínculo a una imagen sin rostro que ofrece la Web. En este contexto, al referirnos a la fragilidad del vínculo humano, Bauman (2007) señala que los hombres y mujeres estamos en la actualidad desesperados al sentirnos fácilmente descartables y abandonados a nuestros propios recursos, en nuestra propia individualidad.

Existe un tercer elemento entre la multiplicidad de culturas y la humanidad única. La frontera. Estamos obsesionados por las fronteras, a causa de la desesperanza de nuestras esperanzas, de nuestros intentos desesperados de dar con soluciones locales para problemas globales. Tales soluciones no existen. En nuestro mundo cada vez más globalizado hay política local sin poder, y poder global sin política. Sufrimos la incertidumbre, los miedos y las pesadillas que emanan de procesos sobre los que carecemos de control, de los que sólo tenemos un conocimiento muy parcial y que somos demasiados débiles para dominar.” (p.14)



Sin embargo, precisa el autor, al mismo tiempo, buscamos la seguridad de la unión y de una mano servicial con la que podamos contar en los malos momentos. Estamos desesperados por relacionarnos con el otro, pero, a su vez, desconfiamos todo el tiempo de este “estar relacionados” y, sobre todo, del estar relacionados “para siempre” (p.8) El pensador explica que tememos que el estado “para siempre” pueda convertirse en una carga y ocasionar tensiones que no nos sentimos capaces ni deseosos de soportar, que limitan la libertad que necesitamos para relacionarnos. De esta forma, explica Bauman, en nuestro mundo de individualismo, las relaciones son una bendición a medias: ambivalentes. Sin embargo, se fortalecen y se ven su importancia en el diálogo consigo mismo, con los demás y, por supuesto, con la naturaleza.

Para ejemplificar lo anterior, Bauman (2007) indica que estas relaciones ambivalentes se reflejan en que, en la actualidad, se establecen “relaciones de bolsillo” que “se pueden sacar en caso de necesidad” (p.10) y que pueden sepultarse en las profundidades del bolsillo cuando ya no son necesarias.





Quizás una forma de respuesta a la fragilidad de los vínculos humanos que plantea Bauman o a la crisis de la modernidad, sea dar un giro hacia el otro a través del diálogo, lo que Buber plantea en su texto *Yo y Tú y otros ensayos*. Buber precisa que, en el hombre, primero hay una distancia originaria a partir de la cual tiene consciencia de un yo y de otros que están enfrente e independientes de él. Después, una vez establecida esa diferencia, el hombre funda inmediatamente relaciones con los otros seres que están frente a él. Debido a esta distancia originaria, a la existencia de un otro enfrente e independiente de mí, el hombre inventa lenguajes y establece relaciones.

Cada persona, para este pensador, se forja mediante vínculos que se generan en las relaciones con los otros, porque el ser humano vive en un modo de *estar con*, de vincularse con los otros y no en un modo de ser previo a los vínculos.

De esta matriz de relaciones, Buber (2006a) señala que se pueden establecer dos tipos de


diálogos. El primero de ellos es el “yo–eso” (p.110), una relación sujeto-objeto, donde el yo conoce y se vincula con el mundo objetivo, con lo que está enfrente de él. Donde, como señala el autor, las cosas y los objetos están allí para ser observados, analizados, utilizados o consumidos, en función de las necesidades del yo de cada hombre. La relación yo–eso es una relación donde el otro es un medio para la realización de los deseos y necesidades del yo.

Buber (2006a) plantea que el intento de diálogo genuino puede no resultar, cuando una de las partes no acepta la diversidad que hay en el otro o se cierra a la oportunidad de dialogar.

Para que el diálogo yo–tú se realice tengo que partir aceptando que el otro es distinto de mí, y justamente por ello quiero dialogar desde las diferencias.

Buber (2006a) plantea que el intento de diálogo genuino puede no resultar, cuando una de las partes no acepta la diversidad que hay en el otro o se cierra a la oportunidad de dialogar.

Para que el diálogo yo–tú se realice tengo que partir aceptando que el otro es distinto de mí y, justamente por ello, quiero dialogar desde las diferencias.

En conclusión, podemos decir que ambos autores nos invitan a generar diálogos con sentido donde la utopía sea un eje vertebral no solo de nuestras interacciones, sino también en nuestras acciones en favor de la sociedad soñada... 

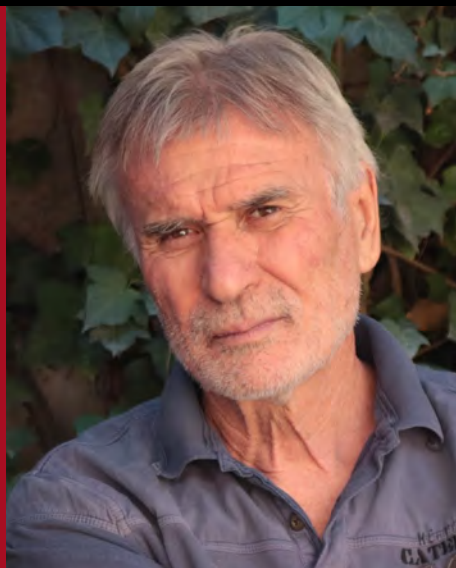
Bibliografía

- Bauman, Z. (2007). *Amor Líquido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Bauman, Z. (2009). *Vida de consumo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2017). *Modernidad Líquida*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica
- Buber, M. (2006a). *Yo y Tú y otros ensayos*. Buenos Aires: Lilmod.
- Buber, M. (2006b). *Imágenes del bien y el mal*. Buenos Aires: Lilmod.
- Buber, M. (2014) *Caminos de Utopía*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.



Nada más cómodo que un buen dogma

Nada más prometedor que una espiritualidad sin Dios



Por Ricardo López Pérez*

¿Es posible un intercambio intelectualmente motivado entre teístas y ateos? ¿Una conversación respetuosa, un debate con ideas, una discusión informada o, en un plano de mayor elevación, un diálogo, esto es, un entrelazamiento de preguntas y respuestas, un modo de pensar en colaboración? Difícil tarea, sin duda, pero seguramente no imposible.

En una materia como esta las dificultades son crecientes, especialmente cuando merodea el dogma, cuestión lamentablemente muy habitual. Un discurso arrogante con pretensiones de verdad, que olvida pensar sobre sí mismo,

un sistema cerrado de pensamiento es la condición ideal para el desprecio, la descalificación y el rechazo. El dogma provee de una posición de superioridad, de certeza y de comodidad. Esto no es menor, considerando que, de esta manera, se allana el camino para todo tipo de abusos: crucifixiones, hogueras, cámaras de tortura, campos de concentración, exterminios masivos (... ¡y para qué seguir!).

El filósofo inglés John Stuart Mill decía que el dogmatismo aparece precisamente debido a la incapacidad para imaginar alternativas al propio punto de vista.

* Doctor en Filosofía, Universidad de Chile. Académico de la Universidad de Chile.



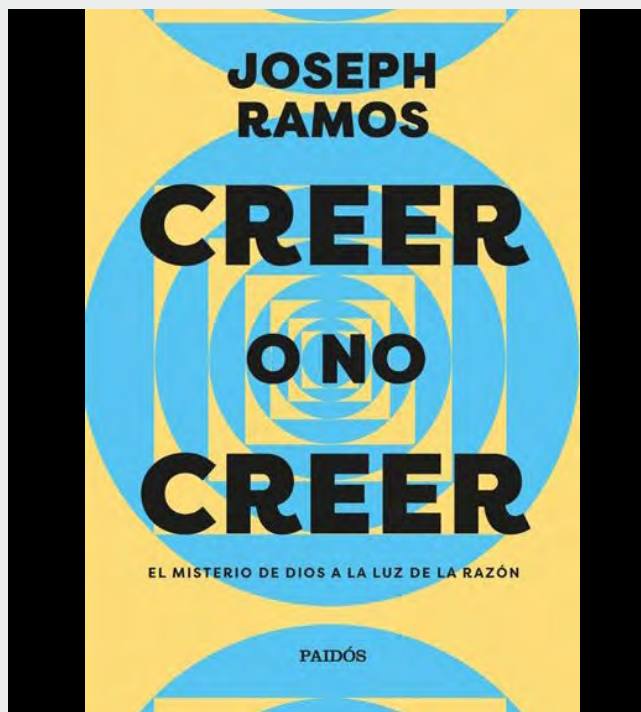
Notablemente polisémica, tempranamente la denominación “ateo” aparece confundida en España con significados como necio, incrédulo, decadente, escéptico, anti-clerical, materialista, luterano, anglicano, epicúreo, secularista, libertino, librepensador, maquiavélico o bárbaro (Navarra, 2016: 37ss). De su propia pluma, Jerónimo Gracián de la Madre de Dios aporta con generosidad: blasfemos, carnales, hipócritas, desalmados... (*Diez lamentaciones del miserable estado de los ateístas de nuestro tiempo*, 1611. www.cervantesvirtual.com).

Adjetivaciones que poco aportan a un posible intercambio y que actúan, ante todo, como estigmas y degradaciones. También en Chile la tendencia ha sido la misma. Un curioso libro publicado en 1970, probablemente el primero sobre el tema en el país, mantiene la misma dirección. En efecto, *El ateísmo y los fulgores de Dios* del cura franciscano Eduardo Rosales es abundante en descalificaciones. Carente de sutileza intelectual, pero con una prosa fluida, llega a decir: “Se trata de hombres vividores que buscan más que todo libertad para proceder a su talento. Si se analiza la intimidad de su ser, no es la idea de Dios su preocupación principal, es el temor a ellos mismos, al remordimiento, al más allá que, por una especie de contraste, se les presenta muy cargado de tonos en ciertos momentos y eso les causa horror. (...) La moral es lo que ellos quieren hacer desaparecer” (1970: 53).

Como lo anterior no parece suficiente, agrega: “El ateísmo implica en sí un rechazo a vivir la realidad plena. La suficiencia humana quiere subordinar a su capricho la realidad existencial. Ahí está la realidad del ateísmo. Se es ateo, porque se limita caprichosamente la realidad divina. Se es ateo, porque se busca la libertad sin barrera. Se es ateo, porque se rechaza todo freno moral que oriente o limite los caprichos de la autodeterminación para producir en la conciencia el sentido de la obligación” (1970: 298).

Juicios sobre el ateísmo

Pasan los años, más de medio siglo, y todavía no es legítimo decirse ateo. Muy recientemente se ha publicado el libro *Creer o no creer. El misterio de Dios a la luz de la razón*, del economista e improvisado filósofo Joseph Ramos. Con un título y subtítulo de perfil muy académico, que sugieren apertura y reflexión, se desarrolla en cambio una prosa de perfil dogmático. El autor se propone más bien cumplir un objetivo polémico, desarrollar un combate retórico.: “Lo más serio, a mi modo de ver, es que la existencia misma de Dios –el fundamento de toda religión– está bajo cuestionamiento: con los ‘nuevos ateos’ el ateísmo ha salido de las aulas para ‘evangelizar’ al público en general. A este cuestionamiento se refiere este libro” (2022: 13).



Como si las demostraciones a lo largo de los siglos de Plotino, Anselmo, Tomás, Descartes (y otros tantos), no fuesen ya bastante, se propone demostrar la existencia de Dios y sepultar con ello las pretensiones ateas: “...presentaré argumentos positivos a favor de la existencia de Dios, espíritu por excelencia” (2022: 91).

Conforme a valores que tienen ya larga tradición, nadie está obligado a “creer o no creer”,



se trate de Dios o del Demonio, del cielo o del infierno. La diversidad está consagrada, y, más aún, en una sociedad madura es completamente aconsejable hacer visibles las diferencias con el fin de provocar algún tipo de intercambio: conversación, debate o diálogo. Sin embargo, esos mismos valores asociados a la libertad de conciencia y a la igualdad de palabra nos obligan a una honestidad básica, de lo contrario el esfuerzo es inútil. En un intercambio crítico importa decir, pero también escuchar y leer con atención.

Contraponer teísmo y ateísmo, y todavía agnosticismo, deísmo, politeísmo, panteísmo, henoteísmo, si fuese el caso, significa entrar en un campo temático que en conjunto es extenso, variado y complejo. En estos términos, ningún reduccionismo aporta demasiado. Si se trata de aclarar y no de encubrir, es obligatorio considerar al menos mínimamente la genealogía y los significados comprometidos.

¿Qué significa ateísmo? Esta pregunta puede ser un buen comienzo. De forma inicial, y sin pretensión de exhaustividad, el ateísmo equivale a una noción amplia que designa una posición intelectual, al mismo tiempo una situación existencial y una opción de conciencia, constituida a partir de negar la existencia de Dios o los Dioses. Por tanto, ser ateo (*a-theos*) significa “ser sin Dios”. Un posicionamiento profano, inmanente, secularizado, que por extensión implica una duda respecto a cualquier poder sobrenatural. Una negación radical, con frecuencia razonada y argumentada, entrelazada con otras dos: se niega cualquier forma de trascendencia y, precisamente por ello, se niegan también las expresiones más grandiosas del dualismo (alma-cuerpo, sagrado-profano, cielo-infierno, entre otras).

Teniendo en cuenta la fuerte tradición teísta occidental, en su sentido más fuerte el ateísmo es la expresión de una resuelta libertad intelectual y autonomía personal. Un ateo es quien opta por afrontar las exigencias de la vida a partir de sus propios recursos de pensamiento.

Dado estos significados: ¿es necesariamente una designación infamante, un estigma? ¿Estamos en presencia de personas imperfectas,

poco confiables, amorales? ¿Un posicionamiento puramente negativo? Definitivamente no. En cuestiones de carácter ético o moral, creer en Dios o negar su existencia no cambia nada en lo fundamental.

Esto ha sido reconocido de muchas maneras y durante mucho tiempo. Consideremos al ateo Barón de Holbach, que decía: “Dejemos que los hombres piensen como quieran con tal de que actúen de un modo apropiado a unos seres destinados a vivir en sociedad. Que cada cual especule a su manera con tal de que sus fantasías no lleven a hacer daño a los demás” (2011: 194); y al teísta Miguel de Unamuno que afirmaba: “No me cansaré de repetir que lo que más nos une a los hombres unos con otros son nuestras discordias. Y lo que más une a cada uno consigo mismo, lo que hace la unidad de nuestra vida, son nuestras discordias íntimas” (2013: 36).

Pero no es esto lo que piensa Joseph Ramos. Según su opinión los ateos tienen una falla estructural: “Si tengo razón, el no creyente no sabe lo que se está perdiendo” (2022: 20). Construyen sus vidas sobre una falsedad: “Que mayor tragedia que la de construir una vida sobre la base de una falsa visión de lo que realmente es” (2022: 24). Necesitan aprender de quienes tienen la razón: “Presentaré argumentos que muestran deficiencias, mortales en mi opinión, de la cosmovisión atea” (2022: 45). De lo contrario permanecerán en la mentira y la falsedad: “La hipótesis atea enfrenta dificultades que, a mi modo de ver, son insuperables” (2022: 113).

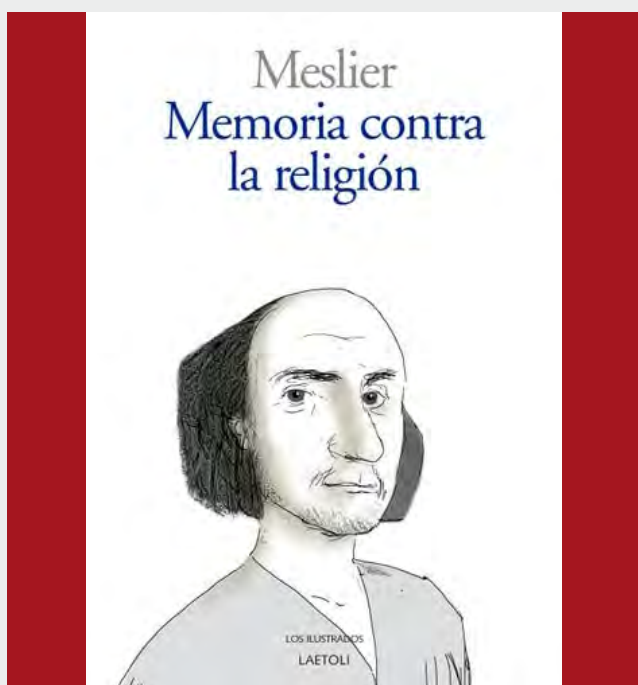
Para ser justos, también esto ocurre en sentido inverso. Esto es, los creyentes serían los equivocados, incapaces de reconocer las enseñanzas de la ciencia, apegados a supersticiones sin fundamento. Entre ellos se cuentan, en efecto, los llamados “nuevos ateos” (Sam Harris, Christopher Hitchens, Richard Dawkins y Daniel Dennett), quienes al margen de su categoría intelectual, practican a ratos un ateísmo militante. Sin embargo, inversamente, basta leer a autores como Michel Onfray o André Comte-Sponville para encontrar un ateísmo reflexivo, tranquilo, y con especial énfasis en la construcción de una espiritualidad laica.



Ateísmo y espiritualidad

Por esta razón es prudente tener presente el modo como aparece y evoluciona el ateísmo, atender a una mínima genealogía. Hay muchas aproximaciones al respecto, y también mucha confusión, pero lo cierto es que el primer libro ateo se debe a Jean Meslier, que vivió en el cruce de dos siglos de innegable agitación intelectual: nació en 1664 y murió en 1729. A su muerte se encontraron tres copias de un extenso manuscrito (alrededor de mil páginas) en donde desarrolla un pensamiento ateo. No se trata de dudas fugaces, de insinuaciones sugerentes, de alguna forma de agnosticismo, sino de un texto que anticipando a Nietzsche nos dice: “no hay Dios”. Todavía más, un texto que hace una dura crítica al cristianismo, expresando enfáticamente la falta de legitimidad moral de la Iglesia, y la gigantesca impostura que encarna.

Un rasgo llamativo es que se trata de un cura católico, párroco en dos localidades ubicadas al norte de Francia. Cada día, después de sus actividades pastorales, dedica un tiempo a escribir para anunciar por primera vez la muerte de Dios. Sus ideas se divulgan en forma póstuma, y solo en 1864 se publica en Ámsterdam una versión completa. Mucho después, gracias a la editorial Laetoli, aparece en castellano en 2010 con el título *Memorias contra la religión*.



En su sentido más concreto, se ha puesto en marcha la historia del ateísmo. Terminando el texto se puede leer una magnífica expresión de sensatez: “Que no haya más religión que la de hacer que toda la gente se dedique a ocupaciones honestas y útiles y viva en común pacíficamente, que no haya otra religión que la de amarse los unos a los otros y guardar inviolablemente la paz y la perpetua unión entre todos” (2010: 695).

Dogmatismos aparte, entonces, el ateísmo no es un territorio de suciedad, un libertinaje desatado, una inmoralidad emboscada, ni meramente una negatividad. A título ejemplar, dos textos pertinentes.

Michel Onfray escribe: “Comprobamos así que un mundo sin Dios no es un mundo sin virtud, sin deberes, sin consideración hacia los demás. Por el contrario, en el terreno de la moral, individual o de la ética colectiva el ateísmo propone un nuevo código cultural y filosófico a favor de una intersubjetividad hedonista y eudemonista. En cambio, un mundo con Dios es más bien un mundo de intolerancia, de fanatismo, de guerras, de crímenes, de hogueras, de inquisición. Con casi dos milenios cristianos la historia da fe de ello... (...) Ahora bien, negar la existencia de Dios no significa negar la existencia de los demás. Es más bien el hecho de creer en Dios lo que exime casi siempre de creer en el hombre. Obsesionados por Dios y la religión, los devotos, los fanáticos y los supersticiosos tiene al hombre por algo desdeñable. El ateo, en cambio, se basa en esta riqueza, pues sabe que es única...” (2010: 259).

André Comte-Sponville: “Concluamos con lo más importante, que no es Dios, al menos a mi parecer, ni la religión, ni el ateísmo, sino la vida espiritual. Habrá quien no oculte su extrañeza: ‘¡Usted, un ateo, se interesa por la vida espiritual!’. ¿Y bien? Que no crea en Dios no me impide poseer una espiritualidad ni me dispensa de servirme de ella. (...) Podemos prescindir de la religión, tal como lo he mostrado, pero no de la comunión, ni de la fidelidad ni del amor. Tampoco podemos prescindir de la espiritualidad” (2006: 143).

Estos últimos autores se autonomban como filósofos materialistas y ateos, lo que no les impide reconocer el valor del espíritu, la ética y la moral. Cuestión que Joseph Ramos no está dispuesto a reconocer, y para ello tiene dos poderosas razones.



En primer lugar, porque en un mundo sin Dios es imposible superar el “egoísmo moral” (2022: 155), el “egoísmo ilustrado” (2022: 156); y porque cualquier enfoque moral es vacío sin un sustento divino: “En un universo sin Dios no parece haber ningún ancla ontológica para tal moral objetiva y solo cabría considerarla como otro hecho bruto” (2022: 161). Aquí las cosas se complican, dado que el autor apela a conceptos de especial hondura, pero en lo fundamental el argumento propuesto actúa como una descalificación. Equivale a decir que el tema de la moral está exclusivamente reservado a los creyentes. Sin un piso ontológico, que solo Dios proporciona, todo se vuelve hojarasca.

En segundo lugar, Joseph Ramos reconoce el materialismo como una doctrina que únicamente ve la materia, los objetos físicos, los campos de fuerza, la energía... nada más: “De ahí que debe rechazarse el postulado del materialismo según el cual el mundo está poblado únicamente por objetos; en él habitan sujetos” (2022: 60). En tal sentido, está fuera de lugar que un materialista se pronuncie sobre asuntos que implican el respeto, la convivencia o el espíritu. Pero eso es arbitrario, basta observar la historia de la filosofía, las ciencias sociales y las humanidades para advertir que ese materialismo no existe en ninguna parte. Desde Epicuro, pasando por Marx y hasta nuestros días, ningún autor serio ha presentado el materialismo de un modo tan rústico.

Al margen de semejante dislate queda todavía un recurso final: “Basta mostrar la existencia del libre albedrío para refutar el materialismo” (2022: 74). Es discutible que Joseph Ramos haya resuelto el tema del libre albedrío, cuestión de largo debate en la filosofía; pero es insostenible además la causalidad sugerida, conforme a la cual una cosa determina la otra.

Las cosas no paran aquí en relación al materialismo. Se cita una frase de Carl Sagan, con el propósito de mostrar que la materia es todo lo que puebla la mente de un materialista: “El cosmos es todo, todo lo que fue, y todo lo que jamás habrá” (2022: 23). En efecto esta frase está en el inicio del capítulo primero del libro *Cosmos*, pero hay algunos detalles por considerar.

Primer detalle. Al leer el libro completo es fácil observar que Sagan no solo es un gran divulgador científico, sino un humanista. El libro *Cosmos*

(1982) es realmente una historia del hombre, de sus realizaciones y sus esfuerzos por comprender el mundo en que vive, de perfeccionar su conciencia y construir su libertad: “La ciencia no sólo ha descubierto que el universo tiene una grandeza que inspira vértigo y éxtasis, una grandeza accesible a la comprensión humana, sino también que nosotros formamos parte, en un sentido real y profundo, de este Cosmos; que nacimos de él y que nuestro destino depende íntimamente de él. Los acontecimientos humanos más básicos y las cosas más triviales están conectadas con el universo y sus orígenes” (1981: Introducción, XII).

Segundo detalle. Así como Sagan no se enteró de que su materialismo le impedía tener una mirada tan integradora, Joseph Ramos tampoco llegó a enterarse de la increíble riqueza y significados de “cosmos”. Este vocablo proviene del griego y significa universo ordenado. Pitágoras fue el primero en utilizarlo para referirse al mundo circundante, al que atribuía una perfecta concordancia. Designa la idea de una totalidad de fenómenos naturales y sociales, que se conciben como un espacio armonioso, en donde cada cosa tiene un lugar necesario y se transforma de acuerdo a leyes constantes, susceptibles de un conocimiento racional. La *polis* griega, comúnmente entendida como “ciudad estado”, era un cosmos social. De esta concepción derivan, a su vez, las ideas de proporción y de medida, como claves para comprender tanto el mundo natural como el social que han jugado un rol determinante en el pensamiento griego.

Dogmatismo y falsificación

Las falsificaciones son numerosas, pero una especialmente irritante afecta a Bertrand Russell, filósofo y matemático, activista de los derechos civiles, pacifista convencido y Premio Nobel de Literatura en 1952. Además, creador del *Tribunal Russell* destinado a juzgar crímenes de guerra, en el que participaron pensadores tan notables como Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir.

Respecto a Dios, Russell osciló permanentemente entre el agnosticismo y el ateísmo, y nunca afirmó su inexistencia. Por el contrario, siempre fue especialmente cauteloso al respecto: “No pretendo probar que Dios no existe. Igualmente no puedo



probar que Satán es una ficción. El Dios cristiano puede existir; igualmente pueden existir los dioses del Olimpo, del antiguo Egipto o de Babilonia. Pero ninguna de estas hipótesis es más probable que la otra: se encuentran fuera de la región del conocimiento probable y, por tanto, no hay razón para considerar ninguna de ellas” (1971: 57).

Joseph Ramos le atribuye el siguiente párrafo: “Que el ser humano es producto de causas inconscientes y sin propósito; que el origen del ser humano, sus esperanzas y temores, sus amores y creencias se deben al movimiento accidental de átomos; que ninguna pasión, ningún acto de heroísmo, ninguna intensidad de pensamiento o sentimiento pueden sobrevivir a la muerte; que toda la labor de la historia, toda la devoción, inspiración, toda luminosidad del genio humano, todo está destinado a la extinción en la devastadora muerte solar, y que todo lo logrado por el hombre desaparecerá inevitablemente en las ruinas del universo; todo esto es casi seguramente cierto, por lo que toda la filosofía que no lo reconoce está destinada al fracaso. Solo sobre la base de tales verdades, en la firme fundación de una desesperanza total, puede el ser humano construir su vida” (2022: 24).

Materialismo, atomismo, escepticismo, nihilismo, desesperanza, ni más ni menos que un coctel de radicalidad atea. Sin pretender discutir la validez del atomismo ni las complicadísimas implicaciones del nihilismo, saltan aquí nuevamente algunas sospechas. Esta cita está tomada, según el autor, de la versión en inglés del texto citado (*Why I am not Chistian*), y traducida de propia mano; pero sin señalar los datos precisos para su ubicación. Lo medular es que este párrafo no está en el texto de Russell. En la versión en castellano no hay nada parecido a lo que se reproduce. Conviene explicar que el libro en cuestión incluye quince documentos distintos más un apéndice. El primero de ellos es el que da nombre al libro y suele ser el más citado. En este primer trabajo, correspondiente a una conferencia de Russell, de extensión equivalente a unas veinte páginas, no existe nada parecido.

Podría tratarse de algún exceso del traductor o de una mala comprensión. Es posible. Pero se pueden tomar otras frases de Russell y compararlas. Veamos. En el prefacio del mismo libro se lee: “El mundo que querría ver sería un mundo

libre de la virulencia de las hostilidades de grupo, y capaz de realizar la felicidad para todos mediante la cooperación, en lugar de mediante la lucha. Querría ver un mundo en el cual la educación tienda a la libertad mental en lugar de a encerrar la mente de la juventud en la rígida armadura del dogma. (...) El mundo necesita mentes y corazones abiertos (pág. 15). Luego en el párrafo final: “Un mundo bueno necesita conocimiento, bondad y valor; no necesita el pesaroso anhelo del pasado, ni el aherrojamiento de la inteligencia libre mediante las palabras proferidas hace mucho por hombres ignorantes. Necesita un criterio sin temor y una inteligencia libre” (1971: 33).

No hay desesperanza en estas frases, sino claramente una sabiduría que recoge una larga tradición de reciprocidad y respeto que recorre nuestra cultura desde la era axial. Recordemos que la llamaba “regla de oro” de la convivencia, formulada originalmente por Confucio y luego repetida con insistencia, data del siglo V aC: “Lo que no quiero que otros me hagan, no deseo hacerlo a otros” (2014: 43). Joseph Ramos no advierte esta grandeza y repite la expresión “desesperanza total” (2022: 215) como señera manifestación de una vulgaridad atea, y con el objeto de reforzar su posición por la vía de rebajar a otros. Claramente esto no hace justicia a Russell.

En síntesis, un libro –este de Ramos– con evidentes sesgos, una fuerte inclinación al dogmatismo y plagado de conclusiones antojadizas.

Diálogo entre teísmo y ateísmo



Afortunadamente no siempre teístas y ateos han estado en pie de guerra. Entre unos y otros hay notables convergencias, que son verificables en distintos intercambios dialógicos. Puede que estas



experiencias sean inusuales, pero importa releva-
las. A título ilustrativo menciono el debate entre
Bertrand Russell y el Padre F. C. Copleston S. J.,
trasmitido originalmente por la BBC en 1948 (in-
cluido en Russell, 1971); y la conversación del filó-
sofo Jurgen Habermas y el teólogo Joseph
Ratzinger, luego papa Benedicto XVI, por invita-
ción de la Academia Católica de Baviera en 2004
(Habermas y Ratzinger, 2008). Agrego el magnífico
diálogo epistolar entre Umberto Eco y el obispo
Carlo María Martini (Eco y Martini, 1999).

También es preciso mencionar que en Chile
se han verificado intercambios de gran interés
en esta materia. Uno de ellos por iniciativa de la
Universidad Diego Portales reunió a diez profesio-
nales de distintas áreas, entre los que se cuentan
Abraham Santibáñez, Jorge Eduardo Rivera, Jorge
Larraín y Antonio Bentué (VVAA, 2003); y otro orga-
nizado la Corporación de Promoción Universitaria
que convocó a Cristóbal Orrego, Agustín Squella y
Jaime Lavados (Orrego y otros, 2014).

En todos estos encuentros, sin excepción,
los elementos de coincidencia y acuerdo fueron
mayores que las diferencias insalvables, al tiempo
que surgieron sin afectación diferentes conce-
siones en el plano de las ideas. ¿Esto es curioso?
Personalmente no lo creo: el asunto fundamental

se sitúa en la aceptación de las diferencias y la
diversidad, la crítica sin maquillaje, la correspon-
diente autocrítica y, por cierto, la convivencia. En
ningún caso negándole el derecho a cada persona
para ubicarse en el mundo como mejor le parece,
a condición de comprender que ese mismo
mundo está poblado por otros que tienen idéntico
derecho.

Sin desconocer otros antecedentes, al menos
desde fines del XIX se ha desarrollado una activa
reflexión atea expresada en múltiples publica-
ciones, y poniendo a la vista autores de categoría
intelectual. Una reflexión mayormente ilustrada,
frecuentemente materialista, de evidente conte-
nido escéptico y con fuerte sentido ético, desple-
gada en forma especial en dos dimensiones: como
ejercicio de la sospecha y como construcción de
una espiritualidad laica.

Desde mi particular perspectiva, un aspecto
fundamental del discurso ateo se refiere justa-
mente a este último aspecto, cuestión cuya impor-
tancia no cabe ignorar: una espiritualidad laica, sin
Dios o derechamente atea. Una cuestión a la vez
provocativa y prometedora, porque en su sentido
medular una espiritualidad laica no difiere dema-
siado de otras formas de la espiritualidad.🔥

Bibliografía

- Confucio (2014). *Analectas*. Madrid: Kailas.
- Comte-Sponville, André (2006). *El alma del ateísmo*. Barcelona: Paidós.
- Eco, Umberto y Martini, Carlo María (1997). *¿En qué creen los que no creen?* Buenos Aires: Planeta.
- Habermas, Jurgen y Ratzinger, Joseph (2008). *Entre razón y religión*. México D. F.: FCE.
- Holbach (2011). *Cartas a Eugenia*. Pamplona: Laetoli.
- Meslier, Jean (2010). *Memorias contra la religión*. Pamplona: Laetoli.
- Navarra Ordoño, Andreu (2016). *El ateísmo*. Madrid: Cátedra.
- Onfray, Michel (2010). *Los ultras de las Luces*. Barcelona: Anagrama.
- Orrego, C.; Squella, A.; y Lavados, J. (2014) *El origen de los principios morales*. Santiago: CPU.
- Rosales, Eduardo (1970). *El ateísmo y los fulgores de Dios*. Santiago: Andrés Bello.
- Russell, Bertrand (1971). *Por qué no soy cristiano*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Unamuno, Miguel de (2013). *La agonía del cristianismo*. Madrid: Alianza.
- VVAA (2003). *Dios en el mundo de hoy*. Santiago: UDP.



EQUIPO EDITORIAL
Directora: Sylvie Moulin

Gonzalo Herrera
Rogelio Rodríguez
Rodrigo Marilef
Manuel Romo
Rubén Farías
Patricio Hernández
Gabriel Palma
Edgardo Hidalgo

Diseño: Patricio Castillo R.
www.entremedios.cl

Representante Legal:
Sylvie Moulin

Revista digital
Iniciativa Laicista
www.iniciativalaicista.cl
pro.laicus@gmail.com
ISSN: 2735-6604
Iniciat. laicista
Marcoleta 563 of.8
Santiago. Chile.

Las opiniones publicadas
en nuestras páginas son de
exclusiva responsabilidad
de quienes las emiten y no
representan necesariamente
el pensamiento del equipo
editorial de Iniciativa Laicista



Iniciativa Laicista es una publicación bimestral independiente, cuyo propósito es dar a conocer y promover la discusión sobre democracia y sociedad secular, libertad de conciencia, igualdad de derechos de las personas y separación de las religiones y el Estado.

Iniciativa Laicista no tiene fines de lucro, ni percibe recursos económicos de ninguna institución, pública o privada. Sí nos interesa la libre contribución de nuestros lectores, las que se pueden efectuar, sin compromiso, comunicándose a Iniciativa Laicista en pro.laicus@gmail.com